



## La modernización del Paleolítico en los valles del Manzanares y Jarama: 1970-1985

Susana Rubio Jara<sup>\*</sup>, Joaquín Panera Gallego<sup>\*\*</sup> y Juan Antonio Martos Romero<sup>\*\*\*</sup>

*Departamento de Prehistoria e Historia Antigua. Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Tras la muerte de Franco la reforma democrática de la mano de la Constitución Española permitió, entre otras cosas, la articulación del país en comunidades autónomas. A principios de esta década se produce un proceso de modernización y cambio en la sociedad española, en el que la Arqueología se vio inmersa en una profunda reorganización: se licencian el grupo de universitarios que había protagonizado las protestas del 68; se crean nuevas universidades y facultades de Historia, al mismo tiempo que se realiza una reestructuración de la plantilla en los muestros estatales y en la Universidad. En ésta, el área de Prehistoria quedó individualizada y abierta a investigadores dedicados a dicha disciplina, cambios que culminarían en la Ley de Reforma Universitaria de 1983. La Arqueología adquiere mayor peso dentro del organigrama de la Administración del Estado acompañada de mayores subvenciones para la realización de nuevas excavaciones.

Asistimos a una renovación teórica y metodológica. La investigación se impregnó de tendencias ya consolidadas en Europa. Los paleolitistas españoles de este momento realizan estudios en Francia, teniendo como referentes a sus investigadores. Comienzan a interesarse por los movimientos teóricos de la Arqueología anglosajona, la Nueva

Arqueología y la Arqueología Analítica, junto a las corrientes marxistas que empiezan a introducirse.

En Madrid, la investigación del Pleistoceno se retoma con los estudios de J. Vaudour y A. Pérez-González. El trabajo del segundo sobre los procesos de hundimiento en el río Jarama, publicado en 1971, sería el que marcaría el reinicio de las investigaciones, que viene a coincidir con la renovación del Paleolítico en nuestro país. En quince años de intensa labor se excavan yacimientos tan importantes como Áridos y se ensayan secuencias cronoestratigráficas, que con escasas variaciones siguen vigentes, situando el Paleolítico español en condiciones de ser comparado con el del resto de Europa occidental. El traspaso de las competencias en materia arqueológica a la Comunidad de Madrid en 1985, cambia el modo de actuación en los valles del Manzanares y Jarama atendiendo a las demandas consideradas más urgentes, como la elaboración de la Carta Arqueológica que constituiría la herramienta básica para gestionar el Patrimonio Arqueológico.

Muchos han sido los investigadores, los intereses científicos y las instituciones que han participado en la zona. Analizaremos la historia de la investigación del Paleolítico en Madrid desde el marco legal, administrativo, y el teórico-metodológico en el panorama peninsular y cuáles fueron los referentes europeos. Distinguimos dos momentos, entre 1970-1977 destacan a nivel arqueológico los trabajos de M. Santonja y M.A. Querol, y entre 1978 y 1985 asistimos

---

\* srubiojara@hotmail.com

\*\* jpanera@bec.uned.es

\*\*\* lascatres@hotmail.com

al intento de consolidación del “Proyecto del Pleistoceno en la Región de Madrid”, y a una mayor difusión del papel del Instituto Arqueológico Municipal. Finalmente, se valoran cuáles han sido las aportaciones científicas y su difusión.

### Un nuevo marco legal y administrativo

La Constitución de 29 de diciembre de 1978 permitió la reorganización de la Arqueología desde el marco legal y administrativo. El marco legal vigente era el de 1933<sup>1</sup>, aunque hay que destacar que España ratificó como norma en 1975 el Convenio europeo para la protección del Patrimonio Arqueológico (Londres 1969). Introducía aspectos novedosos que, si bien pasaron desapercibidos entonces, después inspiraron en cierta manera la Ley de Patrimonio Histórico Español (LPHE) de 1985. Entre esas novedades destacamos, siguiendo a M.A. Querol y B. Martínez (1996): la utilización por primera vez del término Patrimonio Arqueológico en la legislación; la aplicación de métodos científicos en las intervenciones evitando las excavaciones clandestinas; programas educativos para hacer más eficaz dicha protección; la necesidad de la publicación de los trabajos de forma rápida e íntegra; y finalmente, el régimen de propiedad de los hallazgos tanto casuales como producto de excavaciones y prospecciones son considerados de dominio público y deben ser custodiados por la Administración.

El artículo 46 de la Constitución Española sobre Patrimonio histórico-artístico dio paso a la creación de una ley de Patrimonio Histórico Español. El proyecto se inició con un texto elaborado por el gobierno de UCD que sería retomado con posterioridad por el gobierno socialista y publicado con fecha de 19 de julio de 1985. El término empleado en la Constitución fue sustituido, acertadamente, por el de Histórico quedando integrado el Patrimonio Arqueológico en este último. Los objetivos fundamentales eran la protección, el acrecentamiento y la transmisión del Patrimonio Histórico Español a las generaciones futuras. Además, obligaba a sancionar penalmente los atentados contra este Patrimonio. Sin embargo, no sería hasta la reforma del Código Penal de 1995 cuando se diera cumplimiento al mandato constitucional.

El otro punto esencial de la reorganización fue el traspaso de competencias en materia de cultura a las comunidades autónomas. Con ello, estos derechos se situaban al mismo nivel que los políticos, económicos y sociales, pese a que se dieron intereses convergentes entre las Administraciones

locales, autonómicas y estatales que convirtieron el Patrimonio Cultural en referente de su identidad histórica. Aunque el artículo de la Constitución 149 declara como competencias exclusivas del Estado materias de Patrimonio Cultural y de Servicio de Cultura, las mencionadas concurrencias se saldaron con impugnaciones realizadas por algunas comunidades autónomas a la LPHE. Resulta cuando menos paradójico que un patrimonio, como es el cultural, que debería estar tutelado por varias administraciones fuera víctima de dicho enfrentamiento. Algunos autores (Estévez y Vila, 1999: 159) reconocen, con la perspectiva de casi dos décadas, que en cierta manera esas competencias se asumieron de forma precipitada, dada la urgencia de los intereses políticos en las comunidades autónomas históricas.

En Madrid, que es el ámbito que nos ocupa, las transferencias en materia de cultura fueron asumidas el 30 de mayo de 1985<sup>2</sup>. Desde 1977 y hasta esa fecha las competencias en materia de arqueología estaban bajo la tutela de la Subdirección General de Arqueología integrada en la Dirección General de Bellas Artes y Archivos del entonces Ministerio de Cultura. Entre sus funciones esenciales figuraban las de autorizar y subvencionar excavaciones, proteger yacimientos, adquirir terrenos, y publicar resultados de carácter divulgativo. En la subvención también participaban las Diputaciones Provinciales. La Junta Superior de Excavaciones, reorganizada en 1979, procedía al reparto de fondos, y a partir de este momento la Subdirección General actuaba como mero administrador.

Una vez asumidas las competencias, la política seguida, en arqueología de la Dirección General de Cultura de la Comunidad de Madrid, fue la elaboración de una Carta Arqueológica, que la entonces Directora General de Cultura se encargaba de ensalzar en el prólogo de la exposición *130 años de arqueología madrileña* (1987) como la definitiva solución, dentro de una política preventiva, a los problemas que se venían planteando al menos en los años inmediatos a la aparición de la Comunidad. Destacaba la «falta de una política arqueológica seria destinada a salvar el Patrimonio Arqueológico madrileño» de la que culpaba a la extinta Diputación Provincial «por falta de un órgano técnico capaz de elaborar unas líneas de actuación claras y coordinar, agilizar y controlar su ejecución»; y en segundo lugar, «individua-

1. Ley de 13 de mayo de 1933 y su modificación de 13 de abril de 1936 basada fundamentalmente en la Ley de Excavaciones y Antigüedades de 7 de julio de 1911 y su Reglamento de 1 de marzo de 1912.

2. El estatuto de la Comunidad de Madrid 3/1983 de 25 de febrero alude a este respecto en los artículos 26.13 y 17, 27.10 y 28.2.

lismo en los proyectos científicos» achacable a «muchos investigadores cargados de buena voluntad» que «elaboraron o comenzaron a realizar una serie de proyectos de trabajo de un indudable interés científico, pero alejados en su mayoría de la más apremiante labor, sin duda desagradable y dura de salvamento» (VVAA, 1987: 7).

### Planteamientos teóricos y metodológicos: punto de partida

A principios de los setenta los trabajos de Pérez de Barradas y Wernert en el Manzanares y Jarama no habían sido renovados, mientras que en los países de nuestro entorno el avance de los estudios paleolíticos fue notable. Esta situación, a la que tuvieron que hacer frente los prehistoriadores españoles interesados por el Paleolítico, fue descrita de forma ilustrativa por F. Jordá Cerdá:

«El estudio de los tiempos paleolíticos ha tenido en nuestro país poca fortuna. Pasada ya la etapa heroica de los Obermaier, Breuil, Hernández-Pacheco y Vega del Sella, apenas podemos señalar la figura del gran maestro Pericot, bajo cuya orientación se ha formado la actual escuela. Hoy somos un reducido grupo de investigadores quienes nos dedicamos al estudio de los tiempos paleolíticos. Lo exiguo del número y lo escaso de los medios de trabajo ha dado como resultado que hayamos realizado una labor excesivamente fragmentaria».

(Jordá Cerdá, 1967: 1).

La metodología diseñada por Bordes para el estudio del Paleolítico, basada en la caracterización tipológica de la industria lítica, en la teoría climática de la formación de las terrazas y en los estudios pedológicos, que se había impuesto en Francia durante los sesenta, se implantó en nuestro país a lo largo de la siguiente década. El manejo de los manuales de Bordes y Sonnevile Bordes, y que el francés fuera el idioma predominante en la enseñanza, contribuyeron en su aceptación. Los trabajos de H. Lumley en Cataluña sin duda alguna también ayudaron a su difusión (Ripoll y Lumley, 1964-1965 y Lumley, 1971). Pese a que no faltaron las críticas a esta propuesta, desde la tipología analítica de Laplace, en términos generales podemos decir que fue adoptado por la mayor parte de los paleolitistas que se estaban formando en España.

Las tesis de G. Laplace para el estudio de la industria lítica tuvieron poca aceptación en nuestro país. Los trabajos de A. Leroi-Gourhan tampoco fueron muy populares, pese a existir una traducción al castellano de su manual *La Prehistoria* (1972), donde planteaba la necesidad

de realizar excavaciones en extensión y relativizaba la importancia de la industria lítica como criterio cultural. Fue uno de los primeros autores en considerar la aproximación microtopográfica a los suelos de ocupación (Leroi-Gourhan, 1966), aunque sería Bordes quien propuso abordar esta cuestión desde el proceso de formación y medio sedimentario de los yacimientos (Bordes *et al.*, 1972), que como veremos será un tema tratado en el Jarama y Manzanares.

En el mundo anglosajón a partir de los trabajos de Gordon Childe y, sobre todo, de J.D. Clark se empezaron a plantear alternativas a la reconstrucción de la vida de los homínidos del Paleolítico basadas hasta entonces, fundamentalmente, en estudios etnográficos. En este contexto surge la *New Archaeology*, L.R. Binford empieza a revolucionar la interpretación de las formas de vida de los cazadores recolectores, y R. Lee e I. De Vore (1968) consolidan en la publicación *Man the Hunter*, desde un enfoque etnográfico y arqueológico, la importancia de la caza en las primeras sociedades humanas. Por otra parte, a principios de los setenta K.W. Butzer (1972) planteaba una reconstrucción ecológica del Pleistoceno que desarrollaría en la Cornisa Cantábrica J.D. Clark (1972).

En España, pese a que la celebración del IV Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas en 1954 y del V Congreso INQUA en 1957 impulsaron los trabajos en el ámbito del Paleolítico, en los sesenta estamos lejos del desarrollo que está alcanzando el estudio de esta disciplina en el resto de Europa. Entre 1960 y 1963, por primera vez en nuestro país, un equipo pluridisciplinar planteó intervenciones sistemáticas en extensión en Torralba y Ambrona, que se abordarían con una metodología novedosa. A partir de estas intervenciones Aguirre y Butzer, que habían participado en los trabajos realizados en Torralba, excavaron Las Gándaras de Budiño (Aguirre, 1964a). Salvo intervenciones posteriores muy puntuales, el Paleolítico español continuó en el estado de letargo que había caracterizado las décadas anteriores. Las perspectivas en Geología y Paleontología no eran mucho más alentadoras, teniendo que esperar a los trabajos de J. Vaudour (1969) para encontrarnos con nuevos enfoques en el estudio del Cuaternario.

Esta situación quedó reflejada en la síntesis que ofreció F.C. Howell sobre el Paleolítico inferior europeo (Howell, 1966), donde Torralba y Ambrona constituían el pilar central del artículo y el entorno de Madrid era tratado con detalle. Reconocía el potencial del Manzanares pese a la escasa información válida para su interpretación.

El manual por excelencia en los estudios de Historia en la Universidad española fue durante muchos años *Prehistoria*, realizado por M. Almagro Basch para Espasa Calpe (1960). En Paleolítico reproducía con escasas modificaciones los contenidos incluidos en el primer volumen de *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal (Almagro Basch, 1954). Realizó una síntesis bibliográfica del Paleolítico español en la que seguía a Breuil en la división del Paleolítico inferior y a Obermaier (1925) en la exposición de los hallazgos del Paleolítico en España. Consideró que gracias a los trabajos de Pérez de Barradas en el Manzanares, del que destacaba su gran potencial, y de Breuil y Zbyszewski en Portugal (Breuil y Zbyszewski, 1942 y Zbyszewski, 1943), la Península Ibérica había recobrado un primer puesto en las investigaciones del Paleolítico inferior.

Jordá Cerdá (1967) desarrolló una síntesis más interpretativa que descriptiva del Paleolítico en la Península Ibérica con planteamientos difusionistas para explicar orígenes y movimientos de culturas entendidas como pueblos. Sin embargo, es destacable que considerara que los efectos del glaciario fueron débiles en la Península Ibérica, diferenciando la mitad norte de la meridional, y que por tanto se debería hablar de épocas pluviales. También debemos resaltar que rechazara la tesis del Hombre cazador en un momento en que este mito se está construyendo, y afirmara que el hombre del Paleolítico inferior y medio fuese fundamentalmente recolector por la carencia de medios técnicos adecuados. Recopila los hallazgos conocidos en el Manzanares y plantea problemas que, en su opinión, no habían sido resueltos por falta de continuidad en la investigación.

Éstas serían las bases sobre las que algunos paleolitistas comienzan a dibujar un nuevo escenario para la investigación del Paleolítico. Los trabajos de Obermaier y Pérez de Barradas no habían sido renovados, no se habían realizado nuevas excavaciones, y las prospecciones desarrolladas no estaban en consonancia con los planteamientos de la época. Yacimientos como Torralba, Ambrona o Pinedo no podían explicarse ni interpretarse a una escala regional ni mucho menos general, y es sobre estos puntos sobre los que habrá que comenzar por construir síntesis de carácter global, haciendo especial referencia a las zonas donde se dispone de mayor información.

3. Hay que destacar el interés de M. Almagro Basch por el Paleolítico y el apoyo que prestó a estos investigadores, ofreciendo la dirección de Pinedo a M.A. Querol y una codirección con Cl. Thibault en El Aculadero. Como director del Museo Arqueológico Nacional facilitó la revisión de los materiales paleolíticos, y encargó la elaboración de las salas de Paleolítico a M. Santonja, V. Cabrera y F. Bernaldo de Quirós.

## La Investigación

### El reinicio (1970-1977)

Las investigaciones que se realizaron en la Cuenca de Madrid en torno a los ríos Manzanares y Jarama, deben integrarse en un marco geográfico más amplio, el de la Meseta central, que fue el verdadero objeto de las mismas y en cuya elección debieron jugar diversos factores desde la procedencia y formación de los investigadores a sus propios intereses científicos. Algunos jóvenes prehistoriadores, decididos a formarse como paleolitistas y conscientes de un potencial al que no se le había sacado suficiente partido, retomarán el Paleolítico inferior y conseguirán, tras años de trabajo, cerrar la década con un panorama bien distinto del que partieron. M.A. Querol y M. Santonja serán quienes consigan revitalizar a mediados de los setenta la atención por el Paleolítico en este área, acompañados de investigadores procedentes de otros campos. Habían dirigido las intervenciones en Pinedo, entre 1972 y 1975, y también en compañía de un equipo multidisciplinar los posteriores trabajos en el Jarama. En esos primeros años fue esencial la identificación de los fenómenos de hundimiento y neotectónica que afectan a las terrazas medias y bajas del Manzanares y del Jarama (Pérez-González, 1971). Estas hipótesis modificaron la visión geológica de la zona y posibilitaron las primeras síntesis realmente renovadoras del Paleolítico de estas cuencas desde las realizadas por Obermaier, Wernert y Pérez de Barradas. Los resultados sirvieron de base para la elaboración de las primeras secuencias del Achelense de la Meseta y para la creación de un marco cronocultural del Paleolítico inferior, que habría de convertirse en el referente de investigadores posteriores.

El Aculadero y fundamentalmente Pinedo jugaron un papel muy importante en esa revitalización del Paleolítico<sup>3</sup>. Eran los primeros yacimientos que se excavaban después de muchos años, y en los que se pusieron en práctica algunos de los conocimientos adquiridos en los años previos de formación. Pinedo fue, como ellos mismos señalarían en su monografía (Querol y Santonja, 1979), la primera excavación arqueológica en terraza fluvial que se realizaba en la Meseta, salvo Torralba que no fue interpretada como tal, lo que les permitió abordar intervenciones posteriores en yacimientos similares. Hecho que cobra mayor importancia si tenemos en cuenta que en la Meseta prácticamente todos los yacimientos conocidos se encuentran al aire libre y en depósitos fluviales, y que en el Jarama y el Manzanares ninguno escapa a esta condición.

1. Vista general de Áridos-1 (Cortesía de M.A. Querol).



En el Aculadero, descubierto por M.Cl. Viguiet, se estableció una codirección con el prehistoriador francés de la escuela de Burdeos Cl. Thibault. Las relaciones con el entorno francés fueron importantes y de hecho de la mano del primero estuvieron en Burdeos en 1976, donde clasificaron la industria de este yacimiento bajo la supervisión de F. Bordes<sup>4</sup>. Tanto en Pinedo como en el Aculadero pudieron intercambiar opiniones con algunos de los prehistoriadores más importantes de la época que los visitaron como P. Biberson.

En 1971, A. Pérez-González descubrió el yacimiento de Áridos en una gravera de la zona de Arganda, en terrazas del Jarama. Es sin duda el yacimiento más importante de los excavados en España en esa década. Hizo reconsiderar algunas de las concepciones metodológicas y científicas que hasta el momento se habían manejado. Ningún otro yacimiento ha permitido obtener información tan precisa acerca de las actividades desarrolladas en un lugar por homínidos del Pleistoceno medio (fig. 1).

4. M. Santonja amplió sus conocimientos de sedimentología estudiando con Cl. Thibault, considerado entonces como el futuro sucesor de F. Bordes y cuya brillante carrera se vio truncada con su prematura muerte en 1980.

5. También y por mediación de M. Almagro Basch clasificó los materiales líticos recogidos por C. Gaibar Puertas en diferentes visitas a una terraza media-baja de la margen izquierda del Manzanares y que éste último publicó en 1974 en un artículo de escaso valor científico.

### Primeros trabajos

Entre 1970 y 1974 se pueden señalar algunas referencias con un valor científico muy diferente. A raíz de excavaciones realizadas en 1973 por D. Asquerino en Mejorada del Campo, V. Cabrera pudo recoger en un corte del Cerro Cervera una serie lítica (nueve piezas) que presentó ese mismo año en el XIII Congreso Nacional de Arqueología (Cabrera, 1975). Identificó dos conjuntos tipológicos a los que clasificó como Achelense medio o superior (cinco piezas procedentes del nivel inferior del corte) y de transición al Paleolítico medio (cuatro piezas de un nivel superior). Situó el corte en «la terraza más alta del Jarama» cerca de la confluencia con el Henares, sin ofrecer información acerca de la secuencia que se había utilizado para localizar y situar dicha terraza, mostrándose reticente sobre cualquier apreciación cronológica. Por otra parte, la escasez de material lítico condicionaba en gran medida la validez de la atribución cronocultural realizada. Supuso uno de los primeros hallazgos en el Jarama con asignación estratigráfica clara. Esta misma autora leyó poco después la Memoria de Licenciatura sobre el Paleolítico inferior y medio del Manzanares (1973)<sup>5</sup>. Sin embargo, su investigación se orientó enseguida hacia la zona del Cantábrico donde pasó a ocuparse de las excavaciones de la cueva de El Castillo que serían objeto de su Tesis Doctoral.

En 1974 aparece publicada por I. Andrés y E. Aguirre una revisión del yacimiento de Transfesa excavado a finales de los años cincuenta en una terraza media del Manza-

nares en Villaverde, con asociación de *Palaeoloxodon antiquus* e industria lítica. Se ofrece una contextualización paleoambiental a partir de análisis polínicos, se clasifica la industria como Achelense primitivo y en base a los restos de *Praedama* proponen una edad Mindel. Esta cronología, a tenor de los datos geológicos que ya planteó J. Vaudour (1969) y de las secuencias publicadas desde 1975 (Freeman, 1975 y Santonja, 1976) parecía excesivamente antigua.

#### Bases para la renovación: geología e industria lítica

M. Santonja y M.A. Querol (1977b) diferenciaron dentro del estudio de las terrazas de estas cuencas dos periodos marcados, en un primer momento, por la revisión de O. Riba en 1957, y considerarían (Santonja y Querol, 1980) los trabajos de A. Pérez-González como el punto de inflexión del que arrancan las «investigaciones verdaderamente renovadoras» del Paleolítico en la zona tras la identificación de los procesos de hundimiento y de neotectónica que afectan a las terrazas medias y bajas en algunas zonas de estos dos ríos (Pérez-González, 1971 y Pérez-González *et al.*, 1974).

M. Santonja utilizó las interpretaciones de A. Pérez-González para situar cronoculturalmente las industrias procedentes de la terrazas del Manzanares y del Jarama que conocía a través de las colecciones de los museos (Santonja, 1977) o de hallazgos en prospecciones (Santonja, 1976 y Santonja y Querol, 1977 y 1977b).

Previamente, I. Asensio Amor y J. Vaudour (1967) y J. Vaudour (1969) habían sentado las bases para una nueva interpretación de la zona, aplicando metodologías y planteamientos ya ensayados en el norte de África (Santonja y Querol, 1977b: 5). Este último elaboró una cronología para las terrazas que identificó en los depósitos del Jarama y del Henares y puso de manifiesto la imposibilidad de mantener el esquema glaciario alpino: +2/3m Holoceno; hasta +30m Pleistoceno superior; hasta +120/130m Pleistoceno medio; y el resto de superficies, incluida la Raña, como Pleistoceno inferior y Plioceno. Además, consideró más aceptable una cronología del Riss para la terraza de +30m de San Isidro en vez de Mindel como después con un enfoque arqueológico señalarían otros autores (Freeman, 1975 y Santonja, 1976 y 1977).

En 1972 y a propuesta de A. Pérez-González se reunieron científicos que trabajaban sobre diferentes aspectos del Cuaternario acordando, bajo la presidencia de Emiliano Aguirre, la creación del Grupo Español de Trabajo del Cuaternario (desde 1985 AEQUA). Hay que destacar el papel que esta asociación tuvo en el fortalecimiento de los

estudios geológicos y paleolíticos en los ríos Manzanares y Jarama. En su primera reunión nacional (1973) se dedicaron dos jornadas con excursiones y trabajos específicos a la Cuenca Jarama-Henares y se realizaron cartografías detalladas de los niveles fluviales del Jarama entre Torrelaguna y Arganda (Aleixandre *et al.*, 1974 y Pérez-González *et al.*, 1974).

A su vez, sirvieron para poner en contacto a paleolitas que comenzaban a investigar en la zona con geólogos cuaternaristas. Este es el caso de M. Santonja y A. Pérez-González, que además formaron parte de la junta directiva de 1973 como vocales, siendo significativa, a nuestro juicio, la presencia de un paleolita en este tipo de asociaciones<sup>6</sup>. Con intereses comunes y con una amplia concepción del estudio del Cuaternario este grupo, junto con el que colaboraron especialistas en otros campos como N. López o E. Soto, consiguió a finales de los setenta cambiar sustancialmente el cuadro del Paleolítico inferior en la Meseta heredado prácticamente desde los años de la II República. En Pinedo los trabajos geológicos los inició T. Torres, al que sustituyó A. Pérez-González, quien firmó en la monografía los capítulos de geología e interpretación y cronología del yacimiento, éste junto con M.A. Querol y M. Santonja.

Ya hemos señalado que Pinedo jugó un papel destacado en el “reinicio” de las investigaciones del Paleolítico a nivel peninsular. A los motivos que especificábamos en la introducción podemos añadir otros no menos significativos. A la hora de enfrentarse a la caracterización tipológica de los materiales líticos de Pinedo comprobaron que éstos poseían una serie de «características especiales» que requerían de la elaboración o adaptación de la tipología de F. Bordes (Querol y Santonja, 1979: 46). Entre 1976 y 1977 estos dos autores publicaron una serie de artículos (Querol, 1975 y Querol y Santonja, 1976 y 1977) centrados en la exposición de métodos y tipologías adaptadas a las peculiaridades de la Meseta. Tanto la Memoria de Licenciatura como la Tesis Doctoral de M.A. Querol (1973 y 1975) pueden entenderse en esta línea de investigación. Fue una etapa previa y necesaria para poder caracterizar los conjuntos líticos de la Meseta y empezar a sistematizar la información con criterios objetivos. Si bien conocían las diferentes corrientes del momento, utilizaron la diseñada

6. Esta primera reunión fue organizada por A. Pérez-González (Universidad Complutense de Madrid), J. Gallardo y T. Aleixandre (Instituto de Edafología y Biología Vegetal, CSIC) en Madrid, los días 8 a 11 de Octubre de 1973 (Aleixandre, 1997).

por F. Bordes por considerarla la más útil para comparar conjuntos dada su amplia difusión. Diseñaron definiciones y desarrollaron descripciones para cantos trabajados, triédros y hendedores siguiendo a diferentes autores (Querol, 1975; Leroy-Prost, 1974 y Tixier, 1956). En la monografía de Pinedo apareció un primer esquema de una clasificación para núcleos adaptada a la Meseta, que después sería completada y publicada (Santonja, 1984-1985), convirtiéndose en una de las pocas existentes para analizar y comparar núcleos en la Península.

En estos trabajos se expusieron argumentos novedosos acerca de la influencia de la materia prima en las características tipológicas de las industrias. El peso de la cuarcita en los conjuntos de la Meseta era fundamental y podía explicar que los cantos trabajados estuviesen presentes, con porcentajes elevados, en todos los yacimientos del Achelense medio y superior de las terrazas del Tajo y del Jarama, no sucediendo así en los conjuntos procedentes del Manzanares, donde el sílex era la materia prima dominante<sup>7</sup>. Destacaron que la homogeneidad de la materia prima, tanto desde el punto de vista litológico como morfológico, junto con la escasa «contaminación de cantos ajenos a la carga del río» en estos yacimientos, demostraba la utilización prácticamente exclusiva, por parte de los homínidos, de las barras de gravas que debían encontrarse en las orillas de los ríos o en el mismo cauce en momentos de estiaje, como fuente de aprovisionamiento (Santonja y Querol, 1978: 8).

Entre las limitaciones y ventajas que concedían al estudio tipológico de series, podemos destacar el hecho de que eran entonces el único medio “objetivo” de intentar establecer cronologías relativas y correlaciones entre diferentes cuencas. Aunque admitían que comparar conjuntos desde el punto de vista tipológico resultaba problemático como ocurría en el caso de Pinedo o Las Acacias con San Isidro, debido a que los porcentajes de materia prima eran muy diferentes (Santonja y Querol, 1977a).

### Las primeras síntesis

Hacia 1976, M. Santonja y M.A. Querol comienzan a publicar los trabajos que habían venido realizando en el Manzanares y el Jarama, y en el caso del primero en la Cuenca del Tajo dentro de un contexto geográfico más amplio, el de la Meseta<sup>8</sup>. Quedaban ya establecidos planteamientos y perspectivas de investigación que habrían de desarrollarse y puntualizarse en publicaciones posteriores a partir de la excavación de Áridos.

En líneas generales puede apreciarse un interés inicial por discutir la cronología de un yacimiento clásico como

San Isidro, al hilo de las consideraciones cronológicas que desde la geología se estaban haciendo para esta terraza del Manzanares (Santonja, 1977). De forma paralela aparecen las primeras síntesis que intentan mostrar el estado de los conocimientos adquiridos (Santonja, 1976 y Santonja y Querol, 1977a y b; 1978 y 1979).

M. Santonja había tenido su primer contacto con materiales específicos de la zona del Manzanares a partir de las prácticas de museología en el MAN y a la ordenación de la industria lítica. Publicó un estudio de los bifaces de San Isidro conservados en este museo, pertenecientes a la colección Rotondo, Cazorro y Antón por ser la mejor referenciada (Santonja, 1977). Además, junto con M.A. Querol realizó prospecciones en el valle del Jarama, ubicando yacimientos citados en la bibliografía, localizando industrias en superficie y, en ocasiones, en estratigrafía (Las Acacias). Estaba interesado en conseguir una secuencia que articulara el Paleolítico inferior en la Meseta y trabajó en todas las cuencas con el fin de lograr una síntesis regional que cristalizó, en 1981, en su Tesis Doctoral *El Paleolítico inferior en la Meseta española*.<sup>9</sup>

En 1976 aparece publicado por M. Santonja en *Trabajos de Prehistoria* un resumen de su Memoria de Licenciatura, que puede considerarse la primera síntesis de los años setenta sobre el Paleolítico inferior de la Meseta, junto con la anteriormente escrita por L.G. Freeman (1975), si bien este autor realizaba un balance que cubría la Península y el Maghreb, a los que consideraba una misma entidad cultural en el Paleolítico inferior. Una y otra parten de presupuestos diferentes con una misma intención, conseguir una nueva base sobre la que interpretar las evidencias conocidas. Sin embargo, L.G. Freeman acabará ciñéndose a una revisión de los resultados obtenidos por Pérez de Barradas, reinterpretando datos ya existentes.<sup>10</sup>

7. Aunque señalaban que las colecciones del Manzanares conservadas en los museos no eran representativas del conjunto industrial original.

8. Un primer artículo de estos investigadores con fecha de 1974 o “en prensa” y titulado “Paleolítico de la Cuenca del Jarama. Aspectos tipológicos y geológicos”, aparece como una comunicación presentada al *I Symposium de Prehistoria*, Asturias-Perigord, que nunca se llegó a publicar.

9. En 1974 había leído su Memoria de Licenciatura en la Universidad de Salamanca *Las investigaciones sobre Paleolítico inferior en la Meseta española (1862-1974). Revisión y síntesis*, dirigida por F. Jordá Cerdá.

10. Las publicaciones de Pérez de Barradas, Obermaier o Wernert, con sus estratigrafías y dibujos de piezas líticas. También se basó en la observación directa, durante 1966, de algunos materiales en museos (MAN y Museo Municipal de la Fuente del Berro).

En nuestra opinión, la publicación de M. Santonja es imprescindible no sólo por la revisión y síntesis que de la Meseta y de la zona ofrece, sino además, porque marca un modo de trabajo que, en adelante, definirá todas sus publicaciones y las de otros investigadores formados en estos años. Es una novedad en la literatura paleolítica su manera de objetivizar la investigación mediante la presentación exhaustiva y escrupulosa de los datos y su posterior interpretación con una base geológica firme. Hasta ese momento, los investigadores recogían la información aportada por sus predecesores y la exponían de forma discutida y argumentada o la sometían a una reinterpretación más o menos sólida. Ahora, se sitúan los yacimientos en mapas topográficos, se da a conocer su localización geográfica mediante coordenadas y se señala, cuando es posible, el tipo de depósito en el que se ubican (coluvión, terraza, superficie, etc.). Se comprueban las referencias bibliográficas sobre la existencia de industrias, desplazándose al lugar, localizando industria, analizándola y comparándola con dichas fuentes bibliográficas. Finalmente, se tienen en cuenta los aspectos aportados por la posición morfoestructural de los yacimientos en el caso de los hallazgos en terraza, junto con la tipología de las industrias para proponer y asignar a los conjuntos una cronología.

El enfoque elegido en estas primeras síntesis es el geográfico, ante la imposibilidad de exponer los datos con una ordenación cronológica. Reconoce que esta perspectiva, desprovista de cualquier connotación ecológica, impone el limitarse a la presentación de un balance de los conocimientos y de las industrias, con una primera aproximación tipológica a las mismas, renunciando a establecer secuencias cronológicas detalladas o a especular sobre la existencia de vías de penetración y/o difusión de técnicas e instrumentos.

Con argumentos geológicos, principalmente de carácter sedimentológico, y arqueológicos, realizó una revisión crítica de las propuestas de Pérez de Barradas sobre la formación de las terrazas del Manzanares (Pérez de Barradas, 1941). Señaló que los cortes estratigráficos de San Isidro, recogidos en la bibliografía, no mostraban cicatrices en los contactos que pudieran interpretarse como indicativos de una interrupción prolongada de la sedimentación fluvial. En su opinión, estos niveles correspondían más bien a un lapso de tiempo no excesivamente largo, de forma similar a lo que ya habían podido observar en Pinedo y por tanto las industrias cubrían un margen de tiempo corto. Posteriormente, matizó algunas de estas interpretaciones, considerando que en la terraza de San Isidro podría existir cierta diacronía entre los niveles inferiores y superiores (Santonja, 1981a: 31).

Aguas abajo de San Isidro, donde la terraza se situaba en cotas más bajas, la industria era comparable a la recogida en los niveles inferiores de este yacimiento y «más primitiva» que la de los superiores, sugiriendo que posiblemente estos niveles eran contemporáneos. M. Santonja se apoyaba en los trabajos de A. Pérez-González (1971) para explicar esa diferencia de cotas y pérdida de altura.

L.G. Freeman destacó los trabajos de B. Gladfelter (1971) y J. Vaudour (1969) y se mostró de acuerdo con las cronologías que este último propuso para las diferentes terrazas. Sin embargo, no pudo ofrecer interpretaciones más precisas ya que pese a conocer los trabajos de J. Vaudour, que sí cuestionaban la edad Mindel de la terraza de San Isidro, debía de desconocer los de A. Pérez-González sobre los procesos de hundimiento de algunas terrazas del Jarama y del Manzanares. Quizás por ello, y pese a definir la terraza media del Manzanares como una formación compleja, consideró correcto analizarlas por su disposición geométrica y altura, situando esta terraza en el Pleistoceno superior y no en el Pleistoceno medio.<sup>11</sup>

Presentó una secuencia en la que la terraza más alta, la de San Isidro (+40m), se encuadraba en el Pleistoceno medio final con industrias de Achelense medio inicial y Achelense medio o final en un momento Riss-Würm. Las dos inferiores en el Pleistoceno superior, la de +15/20m en un Würm inicial y primeros momentos del pleniglacial con Achelense final o musteriense, y la terraza baja en la fase más fría del pleniglacial con industrias musterienses y de Paleolítico superior.

M. Santonja publicará una revisión detallada sobre los bifaces de San Isidro en 1977 y planteará que hay una mezcla que obliga a pensar que nos encontramos ante una colección de industrias distintas, e incluso es posible que existieran diferentes yacimientos que con los datos disponibles era imposible discernir. Distingue Achelense medio muy evolucionado e incluso considera parte de la industria como Achelense superior. Coloca el grueso de la colección en una fecha entre el Riss II y el Riss III coherente con la de los niveles inferiores de la terraza baja del Manzanares, en los alrededores de Perales del Río, con Achelense superior y caracteres micoquienses.

Esta interpretación se mantiene prácticamente sin variación alguna en publicaciones posteriores. En la terraza de San Isidro se diferenciarán dos conjuntos, con posible Achelense medio en los niveles inferiores y Achelense final en los

11. Hizo referencia también a la problemática correlación entre las terrazas del Jarama y del Manzanares como una cuestión que era necesario solucionar.

superiores, situando esta terraza en época Riss medio a superior, en consonancia con las, por entonces, mejor conocidas secuencias regionales de Europa occidental (Santonja y Querol, 1979: 64 y 1980: 35). Inmediatamente aguas abajo de este yacimiento, en la terraza de +14m, donde Pérez de Barradas, Wernert y Obermaier desarrollaron su investigación, identificaban Achelense medio y Achelense superior (Santonja y Querol, 1979). Por último, en los materiales procedentes de los areneros del sur de Villaverde, también en la terraza baja, veían industrias propias de Achelense final. Oxígeno, Santa Elena, La Aldehuela, todos en las inmediaciones de Perales del Río, pese a caracer de referencias estratigráficas, parecían algo más evolucionados que San Isidro con bifaces micoquienses, aunque posteriormente señalaron que también podía existir Achelense superior o incluso medio (Santonja y Querol, 1979: 62). En definitiva eran estos conjuntos (Achelense medio y Achelense final) los que estaban representados en el Paleolítico del Manzanares.<sup>12</sup>

En el Jarama no habría industrias fechables en un Cuaternario antiguo y los hallazgos más antiguos se situaban en la terraza de +60/70m de Mejorada del Campo y en el nivel de +20m en la Casa de la Montaña, aunque siempre teniendo en cuenta que eran piezas dudosas (cantos trabajados) e insuficientes para intentar una valoración. La serie de Las Acacias (101 piezas), más evolucionada que la industria de Pinedo, era el primer referente claro, mientras que anteriores y más cercanos a Pinedo serían Prado de San Juan (+28/30m) al noreste de Mejorada y la terraza baja del km. 43 de la carretera de Andalucía. En estas primeras propuestas aún no aparece Áridos, que estaba en proceso de excavación, y que finalmente se convertiría en la clave para articular toda la secuencia del Jarama y de la Cuenca del Tajo.

### El yacimiento de Áridos

El hallazgo del yacimiento de Áridos se produjo en 1971 cuando una pala excavadora dejó al descubierto restos de *Palaeoloxodon antiquus* en una gravera de la zona de Arganda del Rey. En esta misma cantera ya existían precedentes de esta especie (Pérez-González *et al.*, 1970). A. Pérez-González fue invitado por F. Correas, encargado de la gravera, a visitar el sitio y realizó una primera intervención junto con N. López, al considerar que se trataba de un yacimiento paleontológico. Es reseñable que la metodología empleada entonces permitiese recuperar e incorporar la información obtenida a las planimetrías de la excavación sistemática de 1976<sup>13</sup> (fig. 2).

Hay que destacar también, el hecho de que la empresa que explotaba la gravera mantuviese intacto el testigo que

encerraba el yacimiento a lo largo de esos casi cinco años. Actitudes que aún treinta años después nos resultan sorprendentes.

La primera intervención se detuvo al comprobarse el carácter arqueológico del sitio y no sería excavado hasta organizarse un equipo interdisciplinar coordinado por A. Pérez-González, N. López y M. Santonja.<sup>14</sup>

El permiso fue concedido a M. Santonja por la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas y Paleontológicas, entonces bajo la dirección de Blanco Freijeiro, que aportó una subvención inicial, aunque fue la Diputación Provincial de Madrid la que se hizo cargo de los gastos generados en los cuatro meses que duró la excavación. En los primeros días de la intervención se produjo el hallazgo de otro elefante también asociado a industria lítica y a pocos metros del primero. La excavación de este segundo ejemplar se consideró urgente por encontrarse prácticamente a merced de las condiciones climáticas, a escasos 50 cm por encima del nivel freático del río y en una zona en la que circulaban las máquinas de la gravera.

En el mes de diciembre de 1976 ya apareció un breve informe publicado en el número 6 del *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, donde se recogían los datos más elementales acerca de la interpretación y cronología del yacimiento, que se situó en 200.000 años, fundamentalmente en base a la microfauna. Era la primera vez que se publicaba una datación “numérica” para un yacimiento de Pleistoceno medio en la Península. Más importante en cuanto a sus contenidos fue el artículo que apareció ese mismo año en el *Boletín Geológico y Minero* (Santonja *et al.*, 1978) con las primeras precisiones acerca de la posición cronológica de los sitios de Áridos. En líneas generales estas impresiones tanto acerca del carácter tipológico de la industria como de la edad de los yacimientos o su interpretación fueron mantenidas en la monografía aunque con argumentos y desarro-

12. En opinión de M. Santonja y M.A. Querol (1980) las industrias que L.G. Freeman clasificó como musterienses o Paleolítico superior debían considerarse como Achelense superior en base a los bifaces, entre los que «existen lanceolados y micoquienses típicos, difíciles de encajar en un contexto musteriense» (o.c: 37).

13. En 1971 se realizó el cuadrículado de la superficie y el cartografiado de todos los restos en un plano a escala 1:10.

14. En la excavación colaboraron: M<sup>a</sup> Rosa Bolívar, Aurora Cobo, Rafael Cobo, Dolores Flores, Luís Fraille, Mercedes Gamazo, Margarita Genera, Esperanza Gómez, Teresa Gómez Galán, Margarita López Oliva, José Luís Martín de la Torre, Dimas Mazarro, Antonio Méndez, Francisco Moreno, Ignacio Pastor, José Luís Peña, M. Pozo, Salvador Rovira, Jesús Rueda, Inmaculada Rus de Aracil, Juan Antonio Sánchez Belén, María Sanz, Javier Vallet y Gerardo Vega entre otros (Santonja y Querol, 1980b: 67).

llos más detallados. Se situó Áridos en un Pleistoceno medio típico (Mindel-Riss) con una cronología de entre 370.000 y 320.000 años. También se ofreció una contextualización paleoambiental y climática.

En Áridos se excavaron dos áreas. En la primera, la más extensa, se identificaron dos momentos de ocupación y en la segunda uno. Áridos-1 proporcionó el conjunto faunístico más rico y variado del Pleistoceno medio de la Península. En una de las ocupaciones, la inferior, fue donde se hallaron los restos de *Palaeoloxodon antiquus* asociados con la casi totalidad de la industria (331 piezas) y restos mandibulares de dos bóvidos. En Áridos-2 se registraron los restos prácticamente en conexión anatómica de otro *Palaeoloxodon antiquus*, un macho adulto de gran tamaño, asociados en este caso a 34 piezas líticas. Tanto uno como otro fueron interpretados como ocupaciones breves y áreas de despedazado. Se paralelizaron con yacimientos africanos con industrias y asociaciones similares, como el de Mwanganda (Clark y Haynes, 1970), denominados *kill sites* o *butchering sites* en la terminología anglosajona (Isaac, 1971).

Áridos era un yacimiento *in situ*, prácticamente congelado en el tiempo, sellado por los limos de la antigua llanura de inundación del río Jarama. Permitió obtener un tipo y una cantidad de información que hasta aquel momento no existía. El impacto que produjo entre sus propios excavadores les llevaría a plantearse de forma más o menos abierta la validez de posiciones y objetivos hasta entonces de interés prioritario, a favor de una nueva estrategia de investigación dirigida a la búsqueda de sitios en posición primaria como Áridos. Esta especie de toma de conciencia puede verse reflejada en diversos artículos donde se hacía un repaso de los problemas relacionados con las características estratigráficas (Santonja y Querol, 1978). Existe una preocupación por diferenciar suelo geológico de suelo arqueológico en la línea de los trabajos de F. Bordes (1975 y Bordes *et al.*, 1972) o P. Villa (1976), definiendo suelo arqueológico en relación a Áridos como

«una superficie sobre la que se encuentran restos arqueológicos estrictamente contemporáneos, máxime si tenemos en cuenta las características generales de este tipo de ocupaciones desarrolladas, de acuerdo con las interpretaciones corrientemente admitidas, en lapsos muy breves de tiempo».

(Santonja y Querol, 1980b: 72).

Elementos como la microtopografía, microestratigrafía o remontajes de piezas líticas, pasan a ser, entre otros, considerados como esenciales a la hora de valorar el potencial de un yacimiento.

Paralelamente, y en esta línea crítica, no se descartaba la utilidad de otro tipo de yacimientos, bien en superficie o en estratigrafía, pero sí se insistía en la necesidad de valorar el grado de información que podían proporcionar. Por otra parte, se destaca la necesidad de contar en el campo con la presencia permanente de un paleontólogo y un geólogo que pudieran solucionar cuestiones inmediatas y de que existiera una buena coordinación de su labor con la arqueológica, integrándose en un equipo interdisciplinar.

*Ocupaciones achelenses en el valle del Jarama* (Santonja *et al.*, 1980), es la monografía más moderna de la época en España, destacando tanto la estructuración de los trabajos, como su perspectiva interdisciplinar. Pese a que se echan en falta estudios hoy día habituales como traceología, palinología o marcas de corte, tal vez debido a la escasez de especialistas en aquella época, continúa siendo en la actualidad una referencia obligada en cualquier estudio sobre Paleolítico. Contextualiza Áridos en el marco geográfico de la Meseta, con un exhaustivo análisis geográfico, geológico y geomorfológico de la Cuenca del Jarama y de los yacimientos. Se revisan las series líticas de la Cuenca del Tajo y se estudian de manera detallada las obtenidas en excavación. Se incluyen descripciones y planos de dispersión de las industrias y restos óseos así como de los remontajes. Se someten los datos a enfoques de tipo tafonómico y paleoecológico.

Las innovaciones no fueron sólo de carácter metodológico, ya que se introdujeron interpretaciones sociales y económicas de los sitios acerca de las actividades desarrolladas en el lugar por los homínidos, duración, número del grupo y posibles áreas diferenciadas de actividad, llegando incluso a cuestionar si los elefantes despedazados fueron cazados o no. Realizada por un extenso equipo de especialistas en diversos campos<sup>15</sup>, fue una novedad en aquellos momentos, sólo comparable a la línea que Howell había marcado en Torralba en los años sesenta. En opinión de algunos arqueólogos la monografía se hacía ya eco de influencias procedentes de la «teoría funcionalista-adaptativa, especialmente para la caracterización final de los sitios», que entienden representaba lo nuevo, bien combinado con enfoques y análisis «más tradicionales» (Estévez y Vila, 1999: 84).

Parece lógico ligar el yacimiento de Áridos al arranque de un proyecto para la investigación del Cuaternario de

15. Coordinados por M. Santonja, A. Pérez-González y N. López: Arqueología, M. Santonja y M.A. Querol; Paleontología, N. López, E. Jiménez Fuentes, A. Morales, J. Morales, C. Mourer Chauviré, F. Robles, F.B. Sanchiz, J.L. Sanz, M.D. Soria y E. Soto; Geología, A. Pérez-González; Restauración, M. Sanz Nájera.

2. Detalle de la excavación de Áridos-1 (Cortesía de M.A. Querol).



Madrid y que desde 1977 comienza a mencionarse en diferentes ámbitos (Santonja y Querol, 1977a). Sin renunciar a otro tipo de hallazgos o la revisión de materiales en los museos, el objetivo primordial pasó a ser la localización de yacimientos en posición primaria como único medio de obtener información “paleontológica”.

### La secuencia cronocultural

Hacia finales de los años setenta y tras la excavación de Áridos parece que estos investigadores empiezan a ofrecer una sistematización, aunque básica, acerca de algunos elementos que permitan caracterizar el Paleolítico inferior de la Meseta (Santonja y Querol, 1977a y 1978 y Querol y Santonja, 1979) y de los valles del Manzanares y Jarama (Santonja y Querol, 1977b y 1979).

En la monografía de Pinedo, publicada en 1979 con datos limitados a 1977, se destacaba que se había conseguido contar con un elevado número de yacimientos, si bien su estudio se encontraba en un estado inicial. No obstante, con respecto al cuadro que para el Paleolítico inferior de la Meseta podía manejarse a finales de la década anterior, el panorama había cambiado de forma sustancial. Fue la primera publicada sobre un yacimiento de Paleolítico inferior en España en casi medio siglo, aunque Martín Aguado ya había realizado una interesante monografía sobre este sitio (Martín Aguado, 1963). En la serie *Excavaciones Arqueológicas en España* aparecieron trabajos sobre las Gándaras de

Budiño y anteriormente Torralba que no pueden considerarse monografías dada su extensión y contenidos.<sup>16</sup>

La mayoría de los yacimientos de la Meseta se encontraban en depósitos fluviales y al aire libre. Hecho que estaba determinado por las características geológicas de la Meseta con una casi total ausencia de abrigos y cuevas. Por otra parte, con la excepción de Torralba, Ambrona y Áridos, estaban limitados a ofrecer información acerca de cuestiones tipológicas<sup>17</sup>. Aún así eran de evidente utilidad pues habían permitido caracterizar los conjuntos de la Meseta y hacer inferencias sobre el grado de desarrollo alcanzado en la tecnología. Esta línea de investigación podía llevar, en el mejor de los casos, a la confección de una secuencia cronocultural. Basada en tipologías líticas y posiciones morfoestructurales de las terrazas, era el referente elemental para ensayar una cronología relativa, asumiendo que su validez geográfica era muy limitada, en ocasiones, a una única cuenca.

Este era un problema difícil de solucionar en la Meseta. A partir de estos años se observa una tendencia progresiva,

16. El trabajo sobre Torralba, firmado por F.C. Howell, es de 1962 (número 10 de la serie) y tiene una extensión de 38 páginas. El de Gándaras de Budiño, realizado por E. Aguirre, es de 1964 (número 31 de la serie) con una extensión de 28 páginas.

17. Otro referente importante para intentar interpretaciones al margen de las meramente tipológicas era el yacimiento granadino de La Solana del Zamborino (Botella *et al.*, 1975).

pero sostenida, a desechar la terminología de las glaciaciones clásicas alpinas. La falta de estudios climáticos y paleoambientes basados en análisis polínicos, de secuencias de faunas o de dataciones absolutas hacían imposible cualquier intento de periodización o de interpretación medioambiental.

En la Meseta no existían conjuntos de Paleolítico inferior que pudieran considerarse no Achelenses. También era problemática la ausencia de una secuencia más completa para el Pleistoceno medio, ya que impedía la comparación tanto con el Suroeste francés como con el norte de África. Las características tipológicas comunes en la Meseta: índices de levallois y talones facetados bajos; aspecto “atípico” del utillaje sobre lasca, porcentajes apreciables de hendedores y triedros, mala adaptación de los bifaces clásicos y perduración de cantos trabajados en porcentajes importantes a lo largo de todo el Achelense; podían paralelizarse tanto con la denominada facies meridional del Achelense del suroeste francés (Thibault, 1970 y F. Bordes, 1971), como con la secuencia marroquí del litoral atlántico (Biberson, 1961). Los datos que se desprendían del estudio morfoestructural de las terrazas del Tajo encajaban mejor con una cronología Riss como la que resultaba de comparar los conjuntos de la Meseta con los del sur de Francia. Para establecer cronologías prácticamente no existían más criterios que la posición de las terrazas y la tipología de las industrias y por ello era necesario revisar esta cuestión

«con datos regionales más completos, tanto en lo referente a industrias líticas, como paleontológicos y estratigráficos, y muy especialmente con dataciones absolutas».

(Santonja y Querol, 1977a: 8).

En líneas generales la secuencia de industrias no cambió con respecto a las propuestas desde mediados de los setenta (Santonja, 1976), aunque se irían incorporando precisiones a partir de Áridos. En 1975, con motivo de la presentación en el XIV Congreso Nacional de Arqueología del yacimiento de Las Acacias (Santonja y Querol, 1977), ensayaron una primera secuencia para el valle del Jarama. Compararon los materiales de Pinedo con los procedentes de Prado de San Juan, carretera de Mejorada del Campo a Torrejón de Ardoz y Casa de la Montaña y los encuadraron en un «Riss convencional» (o.c.: 55). Más tarde, cuando ya se había excavado Áridos, Pinedo (en una terraza a +30m sobre el Tajo) pasó a situarse con criterios morfoestructurales en un momento anterior a la acumulación de la unidad litoestratigráfica de Arganda I, que contenía a techo los yacimientos de Áridos (en la terraza de +15/20m del Jarama). Se consideró que el

primero representaba un momento antiguo del Mindel final al Mindel-Riss medio, acorde con las características tipológicas de la industria, mientras que Áridos se encuadraba mejor en el interglacial Mindel-Riss con Achelense antiguo e importante presencia levallois. Tentativamente fijaron este momento en un Riss I, justificando la presencia importante de levallois en un periodo tan antiguo con paralelos en Francia y en menor medida en el norte de África.

La serie lítica de los yacimientos de Áridos era demasiado corta y especializada como para ser considerada representativa de un “momento tecnológico” determinado. Las prospecciones realizadas durante la excavación en todos los cortes del arenero permitieron paliar esta situación al reunirse una serie suficiente de la unidad Arganda I.

No fue posible, sin embargo, reunir una serie mínima en Arganda II y III (tan sólo dos y una lasca respectivamente), lo que impidió establecer cualquier tipo de comparación con el yacimiento de Las Acacias y contrastar su posible sincronía con la unidad Arganda II. El yacimiento de Las Acacias, en la misma terraza que el de Áridos pero en tramos más altos, se situaba en un momento inmediatamente posterior a Áridos y ambos servían para dar prueba de una intensa ocupación del valle del Jarama en esos momentos (Santonja y Querol, 1977b: 9).

Finalmente, se intentaron establecer correlaciones entre los valles del Jarama y Manzanares, que ellos mismos calificaban de «suposiciones» que debían ser contrastadas con posteriores investigaciones,

«hay que suponer que en el tramo comprendido entre Villaverde y Perales del Río se han conservado niveles más recientes —aunque también existan niveles comparables a Áridos-1—, erosionados o no depositados en otros tramos aguas arriba y aguas abajo, que contendrían la industria del Achelense final, con una cronología próxima a Riss-Wurm».

(Santonja y Querol, 1979: 64).<sup>18</sup>

Como poco más tarde destacaría M. Santonja (1981), Áridos fue el elemento clave que proporcionó, gracias fundamentalmente a la microfauna, el punto de referencia para establecer la posición cronológica de las series líticas de la Cuenca del Tajo.

18. En base a la tipología de las industrias observaban claras similitudes entre la unidad inferior de la terraza de + 15/20m del Jarama, con Achelense medio y los niveles inferiores de San Isidro; y la unidad media de esa terraza, con Achelense medio evolucionado (Las Acacias) como prácticamente sincrónicos (Santonja y Querol, 1977).

### Hacia una interpretación del Paleolítico del Jarama y Manzanares

El conocimiento de la secuencia cronocultural de estos valles y de la Cuenca del Tajo, junto con las interpretaciones que para el Paleolítico inferior de la Meseta, se habían conseguido a principios de los años ochenta (Santonja *et al.*, 1980 y Santonja, 1981), dan prueba del cambio sustancial que lograron introducir en la investigación estos autores en una década de trabajo.

Si bien esa seriación cronoestratigráfica de yacimientos no variaba significativamente con la planteada a mediados de los años setenta (Santonja, 1976), sí se introducían matices interesantes de carácter metodológico. Se asumía el hecho de que faltaban criterios mínimamente objetivos fuera de las industrias para establecer correlaciones y comparaciones entre diferentes regiones de la Meseta y de la Península y la necesidad de potenciar los estudios de carácter morfoestructural o la obtención de dataciones absolutas. Admitían las deficiencias existentes todavía en lo relativo al conocimiento de la secuencia de los niveles Cuaternarios en la Cuenca del Tajo, pese a los trabajos “parciales” en los valles del Manzanares, Jarama y Tajo. Los criterios para correlacionar estas secuencias eran principalmente geométricos y cartográficos sin haber desarrollado más otros argumentos como suelos, fauna o industria (Pérez-González *et al.*, 1980: 338).

En Arganda I y con una cronología de más de 300.000 años se encontraban los yacimientos de Áridos. Pinedo, tipológicamente menos evolucionado y en una posición morfoestratigráfica anterior a Arganda I, era la serie lítica más antigua y amplia conocida. En Arganda II se situaba Las Acacias, en un momento inmediatamente posterior a Áridos. Se correlaciona esta posición con los niveles inferiores de San Isidro, otras veces paralelizado con Arganda I (Santonja, 1981), y algo más evolucionado técnicamente sus niveles superiores.

La secuencia del Manzanares comprendía desde el Achelense medio, con rasgos arcaicos, hasta el Achelense final. Si los niveles superiores de San Isidro podían considerarse Achelense superior, las industrias procedentes de hallazgos entre Villaverde y Vaciamadrid, aunque sin referencias estratigráficas, podían representar Achelense final. San Isidro sirvió desde las primeras publicaciones (Santonja, 1976 y 1977) para proponer un esquema sobre el que interpretar el Paleolítico inferior del valle del Manzanares, que aparece recogido de forma más precisa en la monografía de Áridos y matizado en el artículo que cierra la década (Santonja, 1981: 31). En este sentido podemos considerar que jugó en

el Manzanares el mismo papel que Áridos en el Jarama pese a que este último sirvió para articular mínimamente la secuencia de la cuenca de Madrid.

El trabajo de 1981 es la primera síntesis que puede considerarse verdaderamente como un ensayo de contextualización regional más allá de una detallada presentación geográfica de yacimientos como había venido siendo, con escasas excepciones (Santonja y Querol, 1978), hasta el momento. Ahora, se plantean los elementos básicos que pueden definir el Paleolítico inferior de la Meseta para esbozar un marco en el que poder interpretar las evidencias conocidas y aquellas que se descubran. Debido a las limitaciones que imponían las características de los yacimientos, son las cuestiones relacionadas con secuencias de industrias, tecnología (técnicas y modalidades de talla, características generales del utillaje), grado de representatividad de las industrias conocidas, estructura y evolución de los conjuntos o posibles tendencias evolutivas en el Achelense, entre otras, las más desarrolladas. La secuencia es prácticamente la que ya se había diseñado desde la aparición del yacimiento de Áridos con ligeras precisiones acerca de los conjuntos representados en algunas terrazas. Así, en San Isidro en la terraza de +30m del Manzanares se indicaba ahora la posibilidad de que pudiera existir una cierta diacronía entre los niveles inferiores y superiores. Esto ya había sido apuntado por este mismo autor en anteriores ocasiones, diferenciando dos conjuntos líticos en esta terraza, aludiendo a explicaciones alternativas, aunque no excluyentes, como la mezcla de conjuntos procedentes de diferentes tipos de yacimientos.

Sí cabe reseñar, que en esta ocasión las secuencias de los valles Jarama y Manzanares no sólo se presentaban integradas en la Cuenca del Tajo, sino que ésta se mostraba junto a la planteada para el resto de las cuencas de la Meseta. En este sentido y dentro del apartado de la cronología el autor se mostraba bastante escéptico en nuestra opinión acerca de las correlaciones y posiciones cronológicas representadas, si bien consideraba que las relaciones establecidas a partir de las industrias eran sólidas. Fuera de los elementos tipológicos de los conjuntos líticos y a falta de dataciones absolutas o más estudios de carácter morfoestructural quedaba claro que no existían criterios objetivos para establecer cronologías. Por lo mismo, más difícil resultaba todavía el intentar establecer correlaciones entre las secuencias de distintos valles.

La elaboración de secuencias mucho más completas seguiría siendo una cuestión pendiente a principios de los ochenta, pese al gran trabajo desarrollado por estos investigadores.

Es una novedad en la bibliografía paleolítica del momento que se traten de forma detallada aspectos ajenos a los estrictamente ligados a las industrias líticas, como por ejemplo acerca de la dispersión de los yacimientos. En este sentido, y pese a ser conscientes de que ésta puede estar determinada por factores como la intensidad de la investigación en diferentes zonas o los condicionamientos fisiográficos de la Meseta, se establecían algunos parámetros en relación a los hábitats preferidos. Se consideró que existía una preferencia por las cercanías a los cursos de agua, algo lógico por la abundancia y mayor facilidad de acceso a recursos tanto alimenticios como de materia prima de que se dispone en estos entornos. También, se destacaba que no habían aparecido en la Meseta yacimientos con suelos de ocupación o estructuras de hábitat que evidenciaran ocupaciones estables.

#### Intentos de consolidar la investigación (1977-1985)

A partir de 1976 trabajan en la Cuenca de Madrid dos grupos. Uno ligado al ámbito de la Universidad y del CSIC que venía desarrollando su labor investigadora desde inicios de los setenta, en un primer momento en el Jarama y a partir de 1980 en el tramo final del Manzanares, y otro vinculado al Instituto Arqueológico Municipal, cuyos trabajos se llevan a cabo en todo el área de Madrid, y con especial atención en el Manzanares. Estos dos grupos desarrollaron sus actividades de forma diferenciada, al primero le interesa la investigación del Paleolítico en la Cuenca, lo que le llevará a desarrollar un proyecto de investigación para su estudio llamado “El Pleistoceno de la Región de Madrid”, mientras que el segundo grupo se acerca al Paleolítico como un periodo más de los representados en la provincia, centrándose en la documentación, conservación y protección de sus zonas arqueológicas.

#### “El Pleistoceno de la Región de Madrid”

Conscientes del potencial del Jarama y Manzanares y de la desaparición constante de su registro arqueológico derivada de la expansión urbanística de Madrid, a raíz del descubrimiento de Áridos y con el apoyo económico de la Diputación Provincial de Madrid, M. Santonja y M.A. Querol, junto con A. Pérez-González y N. López, continúan con sus trabajos, pero ahora en el marco de un amplio proyecto que desarrollase una línea de investigación acorde con el marco científico del momento y que contribuyese a subsanar los principales problemas que acusaba el Paleolítico de Madrid.

El proyecto presentaba una duración de al menos 10 años y constituyó el primer programa con carácter interdisciplinar, con una dilatada continuidad temporal, y de Paleolítico. Parecía que todas las carencias que se venían denunciando sobre la falta de investigadores y de apoyo por parte de las instituciones para el Paleolítico en Madrid iban a ser paliadas.

M. Santonja dirigió el proyecto entre 1976 y 1978 (VVAA, 1983). Centrarón su actividad en el Jarama, con la excavación de Áridos, las prospecciones aguas abajo de Mejorada del Campo, y en el Manzanares con la revisión de colecciones líticas de yacimientos clásicos como San Isidro (Santonja, 1977). Los frutos de estos trabajos formaron parte de las síntesis publicadas durante los años siguientes, inscritas en un marco regional más amplio, la Meseta (Santonja, 1976 y Santonja y Querol, 1977a y 1978), que constituía el marco geográfico de la Tesis Doctoral de M. Santonja.

Después del traslado de M. Santonja a Salamanca, en 1978, como Director del Museo Provincial, el proyecto pasó a ser dirigido por M.A. Querol, con la codirección de I. Rus a partir de 1980 (VVAA, 1983) quién había estado ligada a la investigación del Paleolítico desde su participación en el yacimiento de Pinedo<sup>19</sup>, y después en Áridos. En el ámbito arqueológico contaron con la colaboración de J. Enamorado, G. Fernández de Rojas, A. Martínez de Merlo, A. Morales, J. Sánchez Sastre y M. Santonja; los trabajos geológicos fueron coordinados por A. Pérez-González, M. Hoyos y R. Cobo; la paleontología fue coordinada por N. López y E. Soto con los que colaboraron E. Jiménez-Fuentes, A. Morales, J. Morales, F. Robles, F.B. Sanchiz, J.L. Sanz, C. Sesé y D. Soria; finalmente M. Sanz se hizo cargo de la restauración.

Este ambicioso proyecto se estructuraba en tres fases de actuación:

«la revisión de los datos antiguos; la prospección sistemática de la región y estudio completo de nuevos yacimientos, así como la protección de las zonas de interés o yacimientos importantes, para sus excavaciones futuras».

(VVAA, 1983: 1).

En la primera fase se acometió la revisión de las colecciones líticas y faunísticas depositadas en el Museo Arqueológico Nacional, Museo de Ciencias Naturales,

19. En la monografía de Pinedo (Querol y Santonja, 1979) ya firmaba junto con otros autores, el capítulo del estudio de la industria lítica.

Instituto Arqueológico Municipal y el Instituto Geológico y Minero. Se estudiaron los yacimientos de San Isidro, Oxígeno, los areneros de Parador del Sol, Prado de Los Laneros, Atajillo del Sastre, La Casa del Moreno y El Sotillo (Querol *et al.*, 1980). Su objetivo era «corroborar, corregir o ampliar las secuencias de Paleolítico inferior, medio y superior» (*o.c.*: 23), conscientes de que las conclusiones que pudieran extraer nunca serían definitivas, al no conservarse los contextos estratigráficos. Algunas de estas revisiones se convirtieron en Memorias de Licenciatura, realizadas por los alumnos de la Universidad Complutense, como las de G. Fernández de Rojas sobre La Casa del Moreno (1982), J. Sánchez Sastre sobre El Atajillo, El Atajillo del Sastre y López Cañamero (1982), J. Enamorado sobre el Paleolítico medio en el Valle del Manzanares: los yacimientos de La Torrecilla y La Parra (1982), A. Martínez de Merlo en el Sotillo (1982) y C. Rodríguez en El Prado de los Laneros (1984).

I. Rus y M.A. Querol (1981) se encargaron de revisar los materiales del arenero de Oxígeno conservados en el MAN, compuestos por unas 5000 piezas de las que sólo estudiaron los utensilios más representativos del Achelense, bifaces, triedros y hendedores, en total 278 piezas. Respecto a las lascas y fragmentos apuntaron que «se encuentra en estudio», pero no llegaron a publicarse. En función de la tipología del macroustillaje atribuyen este yacimiento al Achelense superior, comparable con los niveles superiores de San Isidro y alejados de las series de Pinedo y Áridos.

El estudio de los yacimientos de El Atajillo, El Atajillo del Sastre y López Cañamero del Manzanares, constituyeron la Memoria de Licenciatura de J. Sánchez Sastre, leída en 1982 (Sánchez Sastre, 1985). Los conjuntos estaban formados por la recogida de piezas en superficie o en los cortes de los areneros. Tras analizar las colecciones y la bibliografía, constata que los materiales presentan una «complejísima mezcla», por lo que se centró en el aspecto técnico de las cerca de 1700 piezas estudiadas, siguiendo para su clasificación la propuesta de F. Bordes. Pese a que reconoce que no puede definir culturalmente estos sitios concluye que «tan sólo puede afirmarse que se trata, en los tres casos, de un Paleolítico Medio, ya que no tiene caracteres de Paleolítico Inferior, y carece de útiles del Paleolítico Superior». Esta adscripción se apoya en el estudio geológico de Pérez de Barradas y Wernert y en las apreciaciones de M. Hoyos, que inscribe estos yacimientos en el primer tercio del Pleistoceno superior. Finalmente considera que el yacimiento López Cañamero está lejos del complejo Magdalenense propuesto por Pérez de Barradas.

Enamorado estudió la industria lítica de los yacimientos de La Torrecilla y de La Parra (Enamorado, 1984 y 1984a), en el marco de su Memoria de Licenciatura defendida en 1982. Aunque su publicación específica tardó en aparecer (Enamorado, 1989), durante el período que tratamos dio a conocer ciertos aspectos de su Memoria. Cuestionó los conceptos con los que Pérez de Barradas había definido las facies musterienses del valle del Manzanares, «puesto que adscribían los conjuntos líticos a una época cultural atendiendo sólo a los caracteres tipológicos, sin estimar los geológicos» (Enamorado, 1984: 23). Tras analizar la industria lítica depositada en los diferentes museos de Madrid, debido al estado de las colecciones (fragmentadas, sin referencias estratigráficas, etc.) y habiendo cuestionado ya su clasificación, concluye que la existencia de industrias atribuibles al Musteriense es muy dudosa. Por lo que una vez más, plantea la necesidad de localizar y excavar sitios en posición primaria o con cronologías precisas para la elaboración de una secuencia cronocultural. También revisó los términos iberomauritano y esbaikiense relacionados con el Paleolítico medio desde época de Obermaier y Pérez de Barradas. En su opinión fueron fruto de una concepción difusionista, y estuvieron influidos por los hallazgos africanos (Enamorado, 1984a: 294).

En esta línea F. Bernaldo de Quirós y V. Cabrera (1979) presentaron una comunicación en las *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Llamaron la atención sobre la dificultad que encierra la localización de sitios de Paleolítico medio y superior en Madrid, debido a los cambios producidos en las técnicas de explotación de las graveras y a la ausencia de prospecciones sistemáticas, por lo que proponen la revisión exhaustiva de la red fluvial y de las áreas calizas al norte y noroeste de la Provincia. Al mismo tiempo consideraban que las clasificaciones sobre Paleolítico superior y medio de Pérez de Barradas (1924) y Santa Olalla (1946), lejos de simplificar su caracterización la habían complicado excesivamente.

Por último, la revisión de las colecciones conservadas en el MAN y en el Instituto Arqueológico Municipal del yacimiento del Sotillo constituyó la Memoria de Licenciatura de A. Martínez de Merlo, que también fue leída en 1982. Su hipótesis de partida era contrastar la existencia de Paleolítico superior en Madrid (Martínez de Merlo, 1984). En su estudio pretendía definir «las probables conexiones» del denominado «Musteriense iberomauritano» con conjuntos industriales pertenecientes al Paleolítico superior. Ante la inexistencia de cortes que pudieran ser supervisados, se centró en el nivel «c» (garbancillo), compuesta por

unas 2300 piezas, que en función de los grados de pátina y rodamiento dividió en tres series. En base a los métodos estadísticos y tipológicos habituales, establece que una serie es atribuible al Paleolítico medio, mientras que las otras dos lo son al Paleolítico superior. Sin embargo, otros autores (Santonja y Querol, 1980: 38) habían considerado que su industria podía ser Achelense final. La falta de cortes estratigráficos que pudieran correlacionar los datos bibliográficos existentes y la dificultad de establecer paralelos con otros yacimientos del Paleolítico superior, impiden definir con precisión sus características en el valle del Manzanares.

Estas revisiones se tradujeron en cinco Memorias de Licenciatura que, salvo una, fueron publicadas extensamente. Se analizaron con la propuesta de Bordes, y las adaptaciones que de ella se habían realizado a lo largo de este período. Cuando había información geológica disponible se relacionó y contrastó con la obtenida en el estudio tecnotipológico. Los resultados obtenidos reflejaron que los planteamientos de partida eran demasiado ambiciosos para lo que las series podían aportar. Los diferentes autores señalaron que el estado de las colecciones líticas (incompletas y mezcladas), la falta de asignación estratigráfica de los conjuntos derivada de la falta de información geológica de los sitios revisados y la inexistencia de cortes que hubieran paliado esta carencia, imposibilitaron cualquier intento de enmarcar estos yacimientos en la secuencia cronocultural de la región, definir sus características tecnotipológicas, y solucionar problemas como los planteados para el Paleolítico superior en Madrid. Gran parte de estos problemas se hubieran paliado con más trabajo de campo, y una mayor colaboración con geólogos.

La segunda fase se inició con una intensa labor de campo, entre 1980 y 1981, cuyo objetivo era la prospección sistemática de la región y la excavación de los yacimientos hallados. I. Rus y M.A. Querol, asesoradas en el aspecto geológico por M. Hoyos, R. Cobo y por A. Pérez-González, prospectaron el Manzanares y el tramo final del arroyo Culebro. En el Jarama su actuación se centró en las escasas canteras que había en explotación en ese momento, ubicadas entre Mejorada del Campo y Arganda del Rey, mientras que en el Henares su trabajo fue puntual. La prospección estaba dirigida a la localización de sitios en posición primaria, por lo que prestaban especial atención a los depósitos de baja energía (I. Rus, comunicación personal). En la mente de todos los investigadores estaba el yacimiento de Áridos.

De estos trabajos no se han publicado resultados. Sí disponemos de información de dos excavaciones llevadas a cabo en los yacimientos de Arriaga IIa y La Gavia I.

El yacimiento de la Gavia I, del que no hay un estudio detallado<sup>20</sup> (Rus, 1983; 1989 y vvAA, 1983), se localiza en la terraza del arroyo del mismo nombre junto a la desembocadura con el río Manzanares. Fue descubierto por M. Hoyos y excavado por I. Rus y M.A. Querol, que iniciaron los trabajos en 1981. Recuperaron alrededor de 5000 piezas líticas en una superficie de 30 m<sup>2</sup>. Del carácter tecnotipológico del conjunto sólo sabemos que los bifaces no son muy abundantes, la industria sobre lasca es muy variada y hay escasa presencia levallois. En función de estos datos lo atribuyeron a un momento de transición entre el Paleolítico inferior y medio.

Probablemente el yacimiento de Arriaga IIa, del que tampoco existe una publicación extensa, podría haber aportado una valiosa información medioambiental y paleoeconómica de los homínidos del Pleistoceno medio. Tras su descubrimiento en 1981, las excavaciones fueron dirigidas en un primer momento por M. Gamazo y después por I. Rus, quien simultáneamente los trabajos con los de La Gavia I. Arriaga está situado en la terraza de +14m en la margen derecha del Manzanares<sup>21</sup> y en él distinguieron cinco unidades sedimentarias, algunas de ellas con industria lítica y restos paleontológicos. Arriaga IIa, la más interesante, corresponde a un “área de despedazado” con restos de *Palaeoloxodon antiquus* asociados a 43 piezas líticas, y una serie de “estructuras” que pudieron ser de factura humana (Rus, 1983: 13). Por encima de este nivel se desarrolla un depósito de arenas denominado Arriaga IIb en el que se recuperaron restos de fauna e industria lítica de sílex atribuida al Achelense medio muy evolucionado o Achelense superior inicial (Rus, 1983 y 1989) (fig. 3). En base a la macrofauna se encuadró el sitio en el Pleistoceno medio final o Pleistoceno superior inicial (Riss final o Riss/Würm). La última actuación fue la toma de muestras de sedimento para el análisis de micromamíferos (realizada por C. Sesé y N. López) en Arriaga I, inferior a Arriaga II, constituida por limos arcillosos (Sesé y Soto en este mismo volumen).

Destaca sobre este yacimiento el artículo presentado por I. Rus y G. Vega (1984), en las *Primeras Jornadas sobre metodología e investigación prehistórica*, el más extenso publicado sobre el sitio, parece ser el comienzo de unos interesantes estudios que luego no verían la luz. Se centra en la proble-

20. Pese a que en alguna ocasión se ha publicado la cita que hace referencia a la monografía de este yacimiento, no existe: Querol, M.A. y Rus, I. *El yacimiento achelense de la Gavia I. Orilla izquierda del Manzanares (Madrid)*. Excavaciones Arqueológicas en España. Ministerio de Cultura.

21. Terraza compleja de Butarque (Goy et al., 1989).

3. Vista general de Arriaga IIb  
(Cortesía de I. Rus).



mática de los suelos de ocupación aplicándola al caso concreto de Arriaga IIa, en la línea de los trabajos sobre el yacimiento de Áridos que tienen como objetivo la realización de reconstrucciones de tipo paleoeconómico (fig. 4).

A pesar de la lectura de las Memorias de Licenciatura, las intensas prospecciones, la excavación de los sitios de Arriaga IIa y La Gavia I, una serie de hechos desencadenaron el inicio del declive del Proyecto: el traspaso de competencias en materia de arqueología a la Comunidad de Madrid, el hecho de que los paleolitistas relacionados con el proyecto no accedieran a centros de trabajo que les permitiera seguir investigando, y la aceptación por parte de M.A. Querol de la Subdirección General de Arqueología que coincidió con un giro en su trayectoria investigadora, desembocó en un paréntesis en el proyecto que acabaría siendo definitivo.

### El Instituto Arqueológico Municipal

El Instituto Arqueológico Municipal desde su creación en 1953<sup>22</sup> realizó trabajos de prospección, vigilancia y excavación de los yacimientos arqueológicos de Madrid y sus alrededores (Quero y Priego, 1980). Vinculadas al Instituto destacan las figuras de S. Quero y C. Priego, alumnos y colaboradores de Santa-Olalla desde 1970. En el período que analizamos, el Instituto continuó vinculado al Paleolítico en

función de las obligaciones que como institución arqueológica debía asumir, y apoyó la investigación facilitando el acceso a sus fondos y archivos (Quero, 1995-1996: 196).

Asistimos a las últimas actuaciones de la Brigada Arqueológica. Cuando se creó, a comienzos de los años sesenta, estaba formada por un capataz, cuatro obreros especialistas y hasta cuarenta colaboradores entre los obreros de las graveras y areneros. A partir 1972 un capataz y un obrero especialista eran los únicos miembros (*o.c.*: 196). Su labor era la supervisión diaria de los areneros en explotación, la recogida de materiales y su entrega semanal en el Instituto Arqueológico (Carrera y Martín Flores, 1997). Esta actividad contribuyó a que el Instituto tuviera cierto control de los hallazgos arqueológicos aparecidos. La falta de preparación técnica de sus miembros implicó que su aportación fuera meramente testimonial. En lo que colaboró la actitud del Ayuntamiento, que no favoreció una reestructuración de la Brigada que hubiera suplido sus carencias.

22. Se aprobó el 21 de octubre de 1953, y se le asignó la misión de «atender a los trabajos de clasificación y restauración de las colecciones de Prehistoria existentes actualmente en el Museo Municipal y de dirigir, impulsar y orientar científicamente la investigación en los yacimientos prehistóricos de Madrid» (Quero, 1995-1996: 194).



4. Excavación de Arriaga IIa (Cortesía de I. Rus).

«ya que impedía que los puestos técnicos se cubrieran y obligaba a los trabajadores de la Brigada Arqueológica a desplazarse hasta los lejanos areneros en bicicleta».

(Quero, 1995-1996: 196).

A lo largo de estos quince años la actividad del Instituto relacionada con el Paleolítico se centró en el entorno del Manzanares debido al peso histórico que este valle poseía para la institución, como custodio de las colecciones líticas y faunísticas, y como heredero y continuador de los trabajos de Santa-Olalla. Conocemos la labor que desarrolló durante estos años gracias a los informes publicados en las *Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid* (1979 y 1980) y en sus propias revistas, primero en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid* y desde 1983 en *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*.

En el número 1 del *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología* de 1974 (página 26) se recogía una breve nota donde se indicaba que el Instituto Arqueológico del Ayun-

tamiento de Madrid había realizado durante el mes de mayo una excavación sistemática en la finca de La Aldehuela, en el km. 9,900 de la carretera de San Martín de la Vega. Se trataba de los restos de un «elefante adulto», las dos defensas y el cráneo (fig. 5), con dos molares y una rama de mandíbula, asociado en «un suelo de ocupación», con 23 piezas de industria lítica de tipo musteriense. Aunque se anunciaba también la publicación en ese mismo otoño de una memoria, «coincidiendo con la inauguración oficial de las salas del museo», no llegó a realizarse.

En las citadas Jornadas se presentaron los resultados de las prospecciones del Cerro de la Gavia durante 1979, en las que comprobaron el casi total agotamiento del sitio debido a la explotación de áridos, a excepción de «algunos “testigos” con estratigrafía bajo los postes del tendido eléctrico» (Priego, 1979: 94).

En el informe correspondiente a 1980 S. Quero y C. Priego (1980) dejan constancia de los sitios en los que se recogió industria lítica o fauna (Perales del Río, La Torre-

cilla, La Aldehuela, el arenero de Arcaraz y Arriaga km. 5,300<sup>23</sup>). Además, el Instituto vigiló las obras y movimientos de tierras llevados a cabo por el Plan de Saneamiento Integral de Madrid, durante los que documentaron la existencia de industria lítica en los Montes de El Pardo, señalándola como un área interesante para contrastar los resultados de yacimientos desaparecidos en el área del Manzanares. El siguiente informe en el que se habla de hallazgos paleolíticos es el relativo a 1983 (Priego, 1984), donde la única referencia es la del arenero de Navarro (Rivas Vacía-Madrid). Tras su reactivación, localizaron restos de *Palaeoloxodon antiquus* (fragmentos de defensa y un molar) en un nivel de arena blanca.

Además de C. Priego y S. Quero, destaca la figura de M. Gamazo que fue becaria del Centro entre 1978 y 1979. Después de licenciarse en 1976 en la Universidad Autónoma de Madrid, Concepción Blasco su directora de Tesis, le pone en contacto con el Instituto, y a propuesta de S. Quero realiza para la Memoria de Licenciatura una revisión de las colecciones líticas procedentes de Arriaga km. 5,300. Como este arenero continuaba en explotación completó el estudio con sus propias prospecciones.

Gracias a la política de la Subdirección General de Arqueología que, consciente del acelerado deterioro de la zona facilitó permisos para llevar a cabo trabajos de campo, comienza a prospectar los areneros del tramo bajo del Manzanares y en menor medida en el arroyo del Butarque, labor que desarrolla intensamente entre 1977 y 1980. A estas actividades se une A. Cobo, procedente de la Universidad Autónoma de Madrid, quién también tiene la intención de realizar su Memoria de Licenciatura sobre el Paleolítico del Manzanares. Asesoradas por M. Hoyos y R. Cobo en el aspecto geológico y por E. Soto en materia paleontológica.

Estos investigadores presentaron una hipótesis alternativa sobre la formación de las terrazas del bajo Manzanares (Cobo *et al.*, 1979 y Gamazo y Cobo, 1983). Consideraron que en los estudios geológicos sobre este río no se tuvieron en cuenta los aportes realizados por los arroyos Butarque y Culebro para la elaboración del relleno del valle del Bajo Manzanares (Pérez de Barradas, 1926; Riba, 1957 y Vegas *et al.*, 1975). En base a los restos macrofaunísticos localizados en el área de influencia del Culebro identificaron dos terrazas, una correspondiente al Manzanares, atribuible al Riss, y solapada sobre ella otra del Culebro que correspondería al Würm. Se muestran en desacuerdo con R. Vegas y otros (1975) que reconocen tres niveles en el Manzanares aguas abajo de Perales del Río y atribuyen los



5. Trabajos de consolidación del elefante de La Aldehuela (Museo de San Isidro, Madrid).

dos superiores al Pleistoceno superior. Según la industria lítica, los restos de grandes mamíferos y a los análisis de microfauuna, realizados por N. López, en el arenero de Arriaga km. 5,300 proponen un momento anterior para estos niveles, enmarcándolos en el Pleistoceno medio reciente (300-120 ka.).

El estudio de los materiales procedentes de los areneros de Arcaraz, Arriaga km. 5,300, Navarro y Casa de Eulogio en los términos municipales de Getafe y Rivas-Vaciamadrid (Gamazo, 1982 y 1985) constituyó la Memoria de Licenciatura defendida en 1981. Se basó en los recuperados por la Brigada Arqueológica junto con los recogidos en sus prospecciones (fig. 6). La falta de una atribución estratigráfica precisa de los materiales depositados en el Instituto y de los procedentes de la Brigada, y la parcialidad con la que fueron recogidos, impidieron que obtuviera conclusiones definitivas por niveles, optando por dar una asignación cultural por areneros. Debido al sesgo de las colecciones y al bajo número de piezas, las conclusiones solo serían orientativas (Gamazo, 1985: 10). En función de estos datos y a paralelos con Francia atribuye estos yacimientos al Achelense medio evolucionado o Achelense superior de facies no clásica.<sup>24</sup>

El yacimiento de Perales del Río fue descubierto por un miembro de la Brigada Arqueológica, Manuel Arenas,

23. Arriaga km. 5,300, está situado en la carretera M-310, de San Martín de la Vega. Diferente del yacimiento de Arriaga IIa.

24. Presenta una serie de rasgos arcaicos que la asemejan al Achelense del Sudeste de Francia, bajo índice levallois, predominio de bifaces toscos, existencia de hendidores sobre lasca, de *choppers* y de *chopping-tools* (Gamazo, 1985: 34).

quien se puso en contacto con M. Gamazo. Ésta dirigió las excavaciones, desarrolladas entre 1980 y 1982, en un primer momento con A. Cobo, después con A. Martínez de Merlo y finalmente en solitario (Cobo *et al.*, 1980 y Gamazo *et al.*, 1983). La intervención fue financiada por la Subdirección General de Arqueología, y colaboraron con el Instituto Arqueológico, las Universidades Complutense y Autónoma. A falta de una memoria definitiva, pocos son los datos de los que disponemos. Excavaron aproximadamente 37 m<sup>2</sup> en dos áreas diferenciadas. La industria lítica apareció en una capa de arcillas en la terraza de +14m del Manzanares (fig. 7). No hay elementos levallois y se documentaron escasos bifaces. Sugieren su adscripción al Achelense medio e incluso al superior, considerándolo como el primer taller del valle del Manzanares (Gamazo *et al.*, 1983: 102), y describen el yacimiento como

«una colada de soliflucción, que contiene importantes cantidades de sílex a los que acudirían los homínidos en busca de materia prima para fabricar los utensilios».

(*o.c.*: 100).

Por tanto, la labor del Instituto se centró en el entorno del Manzanares. En función de sus intereses de recuperación y conservación del Patrimonio Arqueológico madrileño, su trabajo dejó constancia de la existencia de yacimientos arqueológicos, hallados por la explotación de los areneros o por la creación de nuevas infraestructuras. Sin embargo, entre sus objetivos primordiales no estuvo la investigación, o al menos este aspecto no se vio reflejado en la bibliografía derivada de sus intervenciones.

A. Cobo y M. Gamazo sí estaban interesadas expresamente en el Paleolítico desde una perspectiva investigadora, ésta última en el marco de su Memoria de Licenciatura primero y después en el de su Tesis Doctoral. En la revisión de los conjuntos industriales se encontraron con los mismos problemas que los planteados en los estudios enmarcados en el Proyecto de “El Pleistoceno de la Región de Madrid”. Conjuntos incompletos, poco numerosos, asignaciones estratigráficas poco precisas, que terminan planteando más problemas de los que pueden resolver. Las prospecciones realizadas en la margen derecha del Manzanares, aguas abajo de Villaverde Bajo, intentaron paliar estas carencias, primero con la localización y situación de los yacimientos que aparecían en la bibliografía (Gamazo, 1982: 10), y en segundo lugar con la prospección de los areneros en explotación. Esta intensa labor de campo no fue publicada suficientemente, a nuestro juicio, pues tan

sólo conocemos los estudios realizados sobre los areneros de Arcaraz, Arriaga, Navarro y Casa Eulogio. Su industria lítica y restos faunísticos contribuyen con un destacado valor documental.

### Conservación y patrimonio

No menos importantes son los trabajos desarrollados en torno a la conservación y protección de los yacimientos paleolíticos. Debido a la potencialidad arqueológica de la zona, corroborada con los continuos hallazgos, y de su constante desaparición ocasionada por la expansión urbana de Madrid, se aprovechan foros como el de las *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*, para destacar su valor arqueológico y plantear medidas para la conservación de los depósitos pleistocenos del Manzanares y Jarama. A este respecto es destacable que hasta arqueólogos no especialistas en Paleolítico llamaran la atención sobre la importancia de estos ríos. M. Fernández Miranda, que en estos momentos ocupaba el cargo de Subdirector General de Arqueología, señaló que:

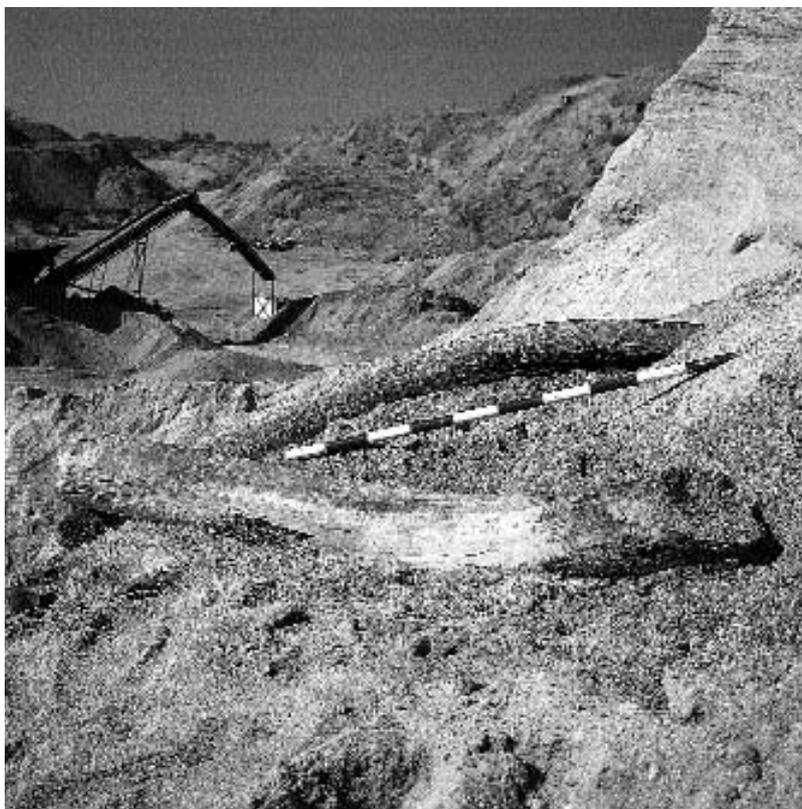
«tanto las terrazas del Jarama, como del Tajo y, sobre todo, del Manzanares han servido de asentamiento a muchos yacimientos que en el caso del último de los ríos citados constituye probablemente la mayor concentración de lugares paleolíticos de toda Europa Occidental y sin duda la más interesante de la Península Ibérica».

(Fernández Miranda, 1979: 24).

E. Aguirre (1979), adelantándose a iniciativas que ahora son habituales, propuso

«la necesidad más urgente de un plan de excavaciones de salvamento, de construir reservas paleontológicas y prehistóricas en una planificación de uso del territorio, que garanticen la conservación al menos de los sitios más representativos como patrimonio científico y cultural».

Por ello planteó la creación de una red de museos-testigo en los lugares mejor conservados, empleándolos como reclamo turístico, cultural y didáctico. Un precedente sería el museo *in situ* de Ambrona, realizado a mediados de la década de los sesenta. El concepto de museo-parque lo aplica en el Manzanares al área comprendida entre San Isidro y Las Delicias hasta su desembocadura, y en el Jarama desde Valdepiélagos hasta Aranjuez, así como para los yacimientos de Torrelaguna y Pinilla de Buitrago. El Instituto Arqueológico de Madrid en 1953 había planteado, entre sus objetivos, actuaciones similares:



6. Defensas de elefante del arenero de Arriaga Salmedina (Cortesía de M. Gamazo).



7. Detalle de la excavación del yacimiento de Perales del Río (Cortesía de M. Gamazo).

«la creación de reservas arqueológicas que preservasen los yacimientos del valle del Manzanares ante el rápido crecimiento urbano de Madrid»

(Carrera y Martín Flores, 1997: 588).

que se materializaron en el intento de Declaración como Monumento Histórico Artístico de varias zonas del valle del Manzanares (1955), y en la creación de un museo al aire libre en Transfesa, y en 1959 en Orcasitas, con motivo de la excavación de un *Palaeoloxodon antiquus*. Iniciativas que fueron rechazadas por la Administración.

Es destacable que todos los investigadores que estaban trabajando en esos momentos en la zona firmaran un mismo artículo denunciando la situación por la que atravesaba el Paleolítico de Madrid (Querol *et al.*, 1980). Plantearon interesantes propuestas, como

«la creación de un Servicio de Arqueología de la Provincia dependiente de la Diputación Provincial con personal cualificado que valore científicamente los terrenos sometidos a extracción y que dicho centro estuviera dotado de laboratorios, almacenes que favoreciesen el estudio de los sitios, donde se pudiese aplicar una metodología científica moderna».

(*o.c.*: 26).

y la elaboración de un programa educativo implantado en escuelas, museos, medios de comunicación, que tuviera como objetivo valorar la Arqueología (Querol, 1981).

El Instituto Arqueológico Municipal también propuso iniciativas sobre conservación. Además de destacar el potencial científico del Manzanares (Priego *et al.*, 1979), en sintonía con las propuestas de E. Aguirre (1979) y M.A. Querol (1981), plantean la elaboración de un catálogo de yacimientos arqueológicos para Madrid y su provincia; la declaración de lugares o conjuntos de interés para su protección y estudio, el incremento de la vigilancia y prospección mediante brigadas de especialistas, la centralización de toda la información en un organismo especializado, y en el ámbito de la divulgación la creación de una revista de arqueología madrileña para la difusión de los trabajos e investigaciones, además de la organización de exposiciones y simposios periódicos (Priego y Quero, 1980). Todas estas propuestas se concretarían en la inclusión de las márgenes no edificadas del Manzanares dentro del «anillo verde» como reserva para futuras investigaciones; la compra de los sitios de Perales del Río y cerro de La Gavia; y por último, la adecuada dotación de personal y medios del Instituto Arqueológico Municipal y la apertura del museo.

En esta línea C. Priego y S. Quero (1983) realizaron un catálogo de yacimientos para el Manzanares dentro del proyecto de Parque Lineal que desarrollaba la Oficina Municipal del Plan General de Madrid, basándose en la Legislación sobre Patrimonio Artístico, Archivos y Museos (1978). Destaca la clasificación que elaboraron sobre yacimientos considerados como «reserva arqueológica» en tres categorías: zona de alerta, conservación y puntual de no destrucción. Dentro de la zona de alerta sitúan los sitios del Ventorro y cerro de la Plata; de zona de conservación: los montes del Pardo, la Casa de Campo, Parque de Prado Longo, Orcasitas, la carretera de San Martín de la Vega km. 4,200, Perales del Río, arroyo del Culebro, la Aldehuela, Salmedina y Casa de Eulogio; y como zona puntual de no destrucción señalan San Isidro, carretera de San Martín de la Vega km. 3,800, cerro de La Gavia, y La Torrecilla de Iván Crispín.

De este modo se distinguen dos tipos de iniciativas, una vinculada al ámbito Universitario y otra al Instituto Arqueológico Municipal. Los primeros se centran en la investigación, educación, y en la divulgación de la Arqueología. En esta línea destacan las propuestas de E. Aguirre (1979), sobre la creación de una red de museos *in situ* de los que ya existían referentes en África, Europa (Italia) e incluso en nuestro país (Ambrona). A las que seguirían otras como la creación de Servicios de Arqueología (Querol *et al.*, 1979) o la elaboración de programas educativos (Querol, 1981). En ellas, es una constante la utilización de los términos patrimonio científico y cultural, la valoración de los sitios y su empleo con fines turísticos y didácticos, y el intento por inculcar el respeto por la Arqueología, como un paso hacia la socialización de esta disciplina, al igual que para este momento lo estaban siendo las cuestiones medioambientales.

Por su parte, los investigadores del Instituto tratan de dotar a la Arqueología de un marco legislativo mediante la calificación del suelo en función de la potencialidad arqueológica de los yacimientos arqueológicos (Priego y Quero, 1980 y 1983), y la elaboración de una ordenanza «que regulara las peritaciones arqueológicas previas a la modificación del suelo natural» (Quero, 1995-1996), que podríamos considerar precedente a la Ley de Patrimonio Histórico Español de 1985. Con la promulgación de esta ley, se inicia una nueva etapa en la que el Instituto tendrá que compartir espacio con la Comunidad que crearía su propio servicio de Arqueología y recibiría las competencias en materia de Cultura.

## Difusión y Divulgación

La abundante producción bibliográfica editada a lo largo de estos quince años y la importancia de algunas de estas publicaciones, cuyos contenidos no sólo permanecen vigentes sino que son documentos imprescindibles para la comprensión del Paleolítico, pone de relieve que éste fue sin duda uno de los períodos más fructíferos en la investigación geológica y arqueológica de las cuencas del Manzanares y Jarama. En la valoración de esta literatura vamos a diferenciar la “científica” (difusión) de la dirigida a un público no especializado (divulgación).

### Difusión

Teniendo en cuenta los trabajos que se ocupan exclusivamente de los aspectos arqueológicos o paleontológicos del Manzanares o Jarama o que constituyen el argumento central de su discurso, entre 1970 y 1985 hemos recopilado 1 monografía, 62 artículos (39 de prehistoria, 19 geológicos y 4 paleontológicos) y 2 mapas geológicos. Además se defendieron 7 Memorias de Licenciatura de Paleolítico, 2 de Geología y 2 Tesis Doctorales de Geología (López Vera, 1975 y Vaudour, 1979).

En Geología se abordaron cuestiones sobre geomorfología (Pérez-González, 1971 y 1980), sedimentología (Arche, 1984; Carrillo, 1976; Carrillo y Arche, 1984 y Carrillo *et al.*, 1978), hidrología (López Vera, 1975), mineralogía (Aleixandre *et al.*, 1975 y Pérez Mateos y Vaudour, 1972) o pedogénesis (Paquet y Vaudour, 1974) del Jarama y en menor medida del Manzanares. Los medios más utilizados para difundir estos conocimientos fueron *Estudios Geológicos* y el *Boletín Geológico y Minero*, junto con diversos congresos y reuniones. A partir de las fechas de publicación de estos trabajos podemos diferenciar dos momentos en la investigación, uno de gran actividad y centrado en el Jarama que tiene su punto álgido con la publicación en 1975 de las Hojas geológicas de Arganda (San José, 1975) y Getafe (Vegas *et al.*, 1975), y un segundo en el que la investigación se va orientando hacia el Manzanares y perdiendo intensidad paulatinamente hasta que a partir de 1981 sólo ven la luz dos trabajos, uno sobre la secuencia de suelos del Jarama (Gallardo *et al.*, 1985) y otro sobre el Anchuelo y el Pantueña, cursos secundarios de este río (González Martín y Asensio Amor, 1985).

Los medios elegidos para difundir las investigaciones sobre el Paleolítico de estos ríos obedecieron, en muchos casos, más a motivos coyunturales que a una selección de éstos en función de su ámbito de difusión. De este modo aparecieron principalmente en publicaciones madrileñas,

en menor medida nacionales, y tan sólo una breve nota sobre Áridos, traducida por L.G. Freeman, (Santonja *et al.*, 1978), una síntesis sobre Pinedo (Querol y Santonja, 1979) la Meseta y otra sobre el curso medio del Tajo (Querol, 1984) se publicaron en medios extranjeros.

La monografía de Áridos es una de las primeras publicaciones financiada por una Diputación Provincial, en un momento en el que se pretendía dotar a la provincia de Madrid de una identidad cultural propia que justificara su Autonomía, e inauguró la serie Arqueología y Paleoecología. Siguiendo esta política se convocaron las *Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid* en 1979 y 1980 (Quero, 1995-1996). Estas reuniones, donde el Paleolítico jugó un papel destacado, fueron aprovechadas por el Instituto Arqueológico Municipal para dar a conocer sus actividades (Quero y Priego, 1980), por M. Gamazo y A. Cobo para difundir sus investigaciones en el Manzanares (Cobo *et al.*, 1979 y 1980), e incluso por paleolitistas que no desarrollaban su actividad en la zona para hacer una breve revisión del Paleolítico medio y superior (Bernaldo de Quirós y Cabrera, 1979). Estos encuentros también fueron el foro ideal para poner de relieve la importancia de la zona y plantear modelos de protección y de gestión de la investigación (Aguirre, 1979; Fernández Miranda, 1979; Querol *et al.*, 1980 y Priego y Quero, 1980).

Las ponencias incluidas en las tres últimas ediciones de los Congresos Nacionales de Arqueología, del XIII-XV entre 1973 y 1977 (Cabrera, 1975; Santonja y Querol, 1977 y 1979)<sup>25</sup>, ponen de relieve el interés por presentar en este foro los avances de los trabajos del Paleolítico en la Cuenca de Madrid. En *Trabajos de Prehistoria*, una de las revistas españolas con mayor difusión nacional e internacional, aparecieron únicamente tres artículos (Santonja, 1976; Rus y Querol, 1981 y Enamorado, 1984a), mientras que las publicaciones de la Subdirección General de Arqueología, que llegaban a la mayoría de universidades y museos, sólo fueron testigo de la Memoria de Licenciatura de M. Gamazo (1982). En diversas ocasiones se recurrió a publicaciones sin tanta difusión como el *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología* (Santonja y Querol, 1977a y b; Martínez de Merlo, 1984) o la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Santonja, 1977; Fernández Ochoa y Rubio de Miguel, 1980).

25. Fueron interrumpidos hasta 1982 sin llegar a recuperar la trascendencia de momentos anteriores.

A partir de 1982, y gracias al interés del Alcalde D. Enrique Tierno Galván, el Instituto Arqueológico Municipal de Madrid pudo dar cauce a sus trabajos con la creación de su propia revista: *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, heredera de *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*<sup>26</sup>. En este medio S. Quero y C. Priego difundieron las actividades del Instituto Arqueológico Municipal entre las que se incluían las relativas a Paleolítico. Esta revista fue testigo de los últimos coletazos de este intenso período de investigaciones en el Manzanares con la publicación de parte de las Memorias de Licenciatura de J. Enamorado (1984) y J. Sánchez Sastre (1985), y de los resultados de las últimas prospecciones de M. Gamazo (1985). Habrá que esperar cuatro años hasta que J. Baena (1989) con motivo de la realización de su Tesis Doctoral retome los trabajos en este valle.

A nuestro juicio hubo una carencia de publicaciones de los resultados en medios de mayor difusión a nivel nacional como *Trabajos de Prehistoria*, *Zephyrus* o *Munibe*, entre otros, y por supuesto en revistas extranjeras. A este respecto es significativo que en la bibliografía extranjera, anglosajona fundamentalmente, el artículo de *Journal of Human Evolution* de P. Villa (1990) y en menor medida el de *Journal of World Prehistory* de M. Santonja y P. Villa (1990) sean los más citados para referirse a Áridos.

### Divulgación

La divulgación dirigida a un público no especializado fue escasa, pese a que un primer momento la excavación de Áridos despertó un interés en los medios de comunicación insólito en la Arqueología (fig. 8). El Diario *Informaciones* hizo un seguimiento de la excavación llegando a incluirlo en su portada. El NO-DO y el Telediario de RTVE también reprodujeron imágenes de los yacimientos. Este eco en la prensa despertó un interés en la sociedad madrileña desconocido hasta el momento que sensibilizó a la Diputación Provincial de Madrid, y facilitó la aprobación del “Proyecto del Pleistoceno en la Región de Madrid”, hasta el punto de que podemos hablar de una total predisposición de la Administración para fomentar la investigación arqueológica en la zona (M. Santonja, comunicación personal).

*Revista de Arqueología*, la primera revista mensual de divulgación arqueológica, se empezó a publicar en 1980. En el primer número M. Santonja (1980) puso de relieve la importancia de la zona para el Paleolítico “Madrid, Parque Natural del Paleolítico. Investigaciones recientes en la zona del Jarama”, mientras que M.A. Querol (1981) poco más tarde denunciaba “La sistemática destrucción del

Paleolítico en Madrid” título significativo. Tal vez pudo haberse utilizado este foro con más frecuencia, puesto que sólo un trabajo más de la zona fue incluido (Rus, 1983).

El único texto escrito para una publicación de carácter general, “Madrid, testimonios de su historia hasta 1875”, fue realizado por el Instituto Arqueológico Municipal (Priego *et al.*, 1980) y su discurso estaba más dirigido a paleolitistas que a personas simplemente interesadas en la Prehistoria.

Pese al ejemplo de Áridos, que puso de manifiesto que la sociedad se mostraba interesada por este tipo de conocimientos, creemos que no hubo una especial preocupación por difundirlos al público no especializado. Fundamentalmente en los medios de comunicación, imprescindibles para sensibilizar de una manera eficaz a la opinión pública y a la Administración con la necesidad de proteger e investigar el patrimonio arqueológico de estas cuencas. Línea que, si bien debemos reconocer, hubiera sido de vanguardia en el panorama español de la época eran frecuentes en Estados Unidos o Gran Bretaña, y que incluso se había puesto ya en práctica en nuestro país con la excavación de Torralba y Ambrona por parte de investigadores norteamericanos (Estévez y Vila, 1999).

Este papel fue asumido en gran medida por historiadores alejados de la Prehistoria, cuanto más del Paleolítico. En la segunda mitad de los ochenta empieza a publicarse la Historia de diferentes distritos municipales, pueblos de Madrid, de la propia Capital o de la Comunidad, que iniciaban su discurso con el Paleolítico del Manzanares, en el que se recogía el modelo de las publicaciones científicas, por lo que el objetivo de hacer llegar los conocimientos de este período al pueblo de Madrid se entorpecía extraordinariamente, o se trataba de una forma tan superficial y falto de contenidos objetivos que lo aproximaban a un relato novelado carente de cualquier información válida sobre los primeros pobladores de nuestra región.

El único trabajo que se desarrolló en esta línea fue una exposición organizada por la Diputación Provincial de Madrid en el castillo de Manzanares el Real en 1979, llamada *Madrid en sus orígenes*, con la finalidad de dar a conocer algunos de los trabajos arqueológicos que se habían realizado en la provincia bajo los auspicios de la citada Diputación. En el catálogo se incluyeron capítulos geológicos, paleontológicos y arqueológicos, donde Áridos,

26. Había reaparecido en 1977 pero tras 10 números se editó por última vez en 1981.



Arriaga y La Gavia protagonizaron el Paleolítico. Se trataba de una muestra fotográfica que tuvo escaso eco entre el público y medios de comunicación.

### Valoraciones finales

Los años setenta estuvieron marcados por una labor de recuperación y revitalización de la investigación del Paleolítico en los valles del Manzanares y del Jarama que no puede desligarse del intento por superar el desconocimiento que del Paleolítico inferior se tenía entonces en nuestro país. Este trabajo fue protagonizado por personas concretas, con objetivos científicos bien definidos, cuya suma vino a convertir el decenio en el de mayor aportación investigadora para el Paleolítico desde hacia cincuenta años. La investigación se enfocó, por un lado, hacia la necesidad de precisar y completar las secuencias locales, a partir de los yacimientos localizados en estratigrafía en las terrazas de los ríos; y por otro, avanzar en el conocimiento de las formas de vida de los homínidos pleistocenos, a través de yacimientos en posición primaria. Al final del período se disponía de un buen número de evidencias, pese a que éstas eran muy desiguales y que los trabajos de interpretación estaban en un primer intento de análisis.

La renovación vino de la mano de los geólogos que estaban trabajando en el Jarama con nuevas metodologías y planteamientos. Estudios morfoestratigráficos, faunas e industrias líticas se combinan en la interpretación de las secuencias de las terrazas de estos valles. El interés de algunos de estos geólogos por el Cuaternario, consolidado en asociaciones como el GETC, da lugar a un primer acercamiento entre esta disciplina y la Arqueología. El hallazgo en 1971 del yacimiento de Áridos ilustra esta forma de entender los estudios del Cuaternario. Descubierto por un geólogo será preservado varios años hasta su excavación por un equipo coordinado por un arqueólogo, un geólogo y una paleontóloga.

La excavación de este yacimiento puede considerarse como el punto de inflexión entre dos momentos, marcados por diferentes protagonistas y objetivos. Se retoma la investigación del Paleolítico prácticamente desde una situación de desconocimiento consecuencia del abandono a que esta disciplina había estado sometida. Se vieron obligados a aprender metodologías, ponerlas en práctica y adaptarlas a las circunstancias de la Península. El objetivo era la localización de yacimientos contextualizados morfoestructuralmente que permitieran establecer una secuencia cronocultural, para lo cual se plantearon revisar las colecciones líticas

y faunísticas depositadas en los museos, realizar prospecciones, hallar nuevos sitios, proceder a su excavación y de esta forma poder interpretar el Paleolítico de los valles Jarama y Manzanares en un marco más amplio, el de la Meseta.

Después, aquéllos que o bien colaboraron o incluso se habían formado en el equipo que había intervenido en Áridos, serán los investigadores que lleven a cabo la ejecución del Proyecto de la Región de Madrid. Sin abandonar el interés por seguir completando la secuencia, sus intervenciones estuvieron determinadas por la necesidad de localizar yacimientos cuya aportación fuera paleoecológica. Si anteriormente la investigación estuvo centrada en el Jarama ahora el foco de interés se desplaza al Manzanares, probablemente debido a una mayor publicidad de los trabajos del Instituto Arqueológico Municipal, junto con una menor intensidad de la explotación de áridos en el Jarama.

El Proyecto que podría haber aportado nuevas expectativas a la investigación del Paleolítico, puesto que se definía como consolidación de fases previas, no llegó a cuajar por una serie de factores, ya comentados, entre ellos el abandono de la zona por investigadores que lo habían dirigido o la falta de entendimiento entre éstos y la Administración, que provocaría el declive y su finalización. Por otra parte la Universidad no jugó el papel que le hubiera correspondido y su aportación puede juzgarse insuficiente.

Paralelamente, se produce un cambio en la Administración que se materializa en el traspaso de competencias en materia de cultura a las comunidades autónomas. En Arqueología, la CAM emprendería una política dirigida a la elaboración de cartas arqueológicas como herramienta de protección, pasando la investigación a un segundo plano. Estas iniciativas no eran novedosas, con anterioridad, en distintos foros, prehistoriadores de diferentes formaciones habían expresado el potencial de estos valles, y la necesidad de nuevos métodos de protección y difusión.

A fines de los ochenta se había construido una secuencia base, articulada por Áridos, que hasta nuestros días no se ha modificado sustancialmente debido en parte a que los resultados de posteriores investigaciones no se han publicado con suficiente detalle.

Los trabajos de estos quince años modernizaron el Paleolítico y en gran medida las investigaciones emprendidas a partir de los noventa son deudoras de aquella labor. A nuestro juicio las aportaciones más significativas pueden resumirse en los siguientes epígrafes:

- Toma de conciencia de la necesidad de trabajar con múltiples especialistas en estudios de Cuaternario, como la

- única manera de enfrentarse a cualquier trabajo de Paleolítico. Aunque desde la perspectiva actual echamos en falta coordinación entre los diferentes equipos implicados en la zona.
- La adopción y adaptación de nuevas metodologías importadas y llevadas a la práctica en la Meseta. Por un lado, tipologías líticas reelaboradas para industrias en cuarcita, y por otro, la aplicación de una metodología de excavación adecuada para yacimientos en terrazas fluviales, cuyos ejemplos más claros los proporcionan los valles del Jarama y Manzanares.
  - Elaboración de una secuencia cronocultural derivada de un aumento considerable de yacimientos bien contextualizados morfoestructural y tipológicamente.
  - La contribución, con un soporte arqueológico firme, a evidenciar el enorme potencial arqueológico de la zona, que sigue vigente en la actualidad, y a reflexionar sobre la difusión de este Patrimonio.
  - Un corpus bibliográfico sólo superado por las publicaciones de los años veinte, y en el que estos valles son tratados bien de forma específica, bien dentro del contexto de la Meseta.

---

#### Agradecimientos

Queremos expresar nuestra gratitud a todas aquellas personas que nos han dedicado su tiempo, y sin cuya aportación no habría sido posible cubrir este período del que fueron protagonistas: I. Rus, M.A. Querol, M. Santonja, A. Pérez-González, C. Sesé, E. Soto, S. Quero y M. Gamazo. Sin duda son muchos más los nombres de los que participaron en la investigación del Paleolítico a lo largo de este período, a todos ellos queremos agradecer las ilusiones y esfuerzos que dedicaron al estudio de los pobladores más remotos.